

PULSAR

fanzine de ciencia-ficción
y fantasía

Revista de Aficionados a
la Ciencia Ficción y a la
Fantasía

Año 1 Número 2

Julio / Agosto 2001



María Jesús Álvarez
Sebastian Font
José Antonio Suárez
Lois McMaster Bujold
Eduardo Vaquerizo
Victor Conde
Iván de la Torre
Santiago Eximeno

Desde el horizonte de sucesos

EDITORIAL

Por Juan Carlos Valero

Dicen los físicos que al aproximarse una hipotética nave a un agujero negro se llegaría a un punto en el cual dicha nave parece desaparecer. A ese punto se le llama el horizonte de sucesos. Mas allá de esa frontera la luz no tiene suficiente velocidad como para salir del pozo de gravedad. Si algo saliera de dicho pozo gravitatorio no lo podríamos ver hasta franqueado dicho punto.

Dentro del mundo de las revistas amateur de ciencia-ficción nosotros nos encontramos más allá del horizonte de sucesos. Simplemente no somos visibles todavía. Hemos hecho una apuesta a favor de un medio con todavía escasa difusión: el formato electrónico. Pensamos que va a haber un despegue próximamente, un arranque de difusión de medios electrónicos. No es ningún secreto, nos estamos posicionando para ello. Grandes empresas como Microsoft o Adobe apuestan claramente a ese favor. Incluso se pueden encontrar ya, aunque no en España, lectores de libros electrónicos. Apenas un paso mas allá se encuentra el papel electrónico desarrollado por Xerox.

¿Y no somos lectores de Ciencia-Ficción? ¿No miramos siempre las posibilidades que nos depara el futuro?

En la última página del Fanzine podéis ver nuestra evolución, la curva de crecimiento de lectores. Es por eso que os escribo desde el horizonte de sucesos... dentro de muy poco empezareis a vernos claramente...

Portada	1
Óscar Cardenosa Pérez	
Editorial	2
Juan Carlos Valero	
Estela Matutina	3
María Jesús Álvarez	
Diferencias Conyugales	7
Sebastian Font	
La Dimensión Desconocida	11
Ivan de la Torre	
Una Luz en la oscuridad	14
José Antonio Suarez	
El sobre negro	17
Francisco Ruiz Fernandez	
PULSAR en Internet	19
Redacción PULSAR	
Juan y el Diablo	20
Victor Conde	
No era exactamente igual	22
Eduardo Vaquerizo	
El Anticrítico	24
Victor Conde	
Cuando los conceptos...	27
Lois McMaster Bujold	
Howie	31
Santiago Eximeno Hernampérez	
¿Cuanto se lee PULSAR?	35

NOTA LEGAL IMPORTANTE

Todos los relatos e ilustraciones, críticas o comentarios, así como cualquier contenido no especificado aquí, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PULSAR.

No obstante, los derechos sobre el conjunto de PULSAR son © de **Juan Carlos Valero Cerdá** y **Sebastian Font Martín**, y cualquier manipulación o venta está prohibida y será perseguida por la ley.

PULSAR es una revista de aficionados (Fanzine) editada sin ánimo de lucro y con fines de difusión cultural. Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PULSAR. Se autoriza, no obstante, la copia y redistribución siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Revista de aparición bimensual. Todos los artículos, relatos, ilustraciones y contenidos publicados en PULSAR conservan el nombre de su autor, que es el único propietario y responsable de lo escrito o publicado. PULSAR no se responsabiliza del mal uso ni de las opiniones vertidas en esta revista. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya y sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El logotipo de PULSAR es © de José Antonio Navarro Torres.

La dirección de contacto es pulsar-editores@yahoogroups.com , y por correo tradicional al Apartado de Correos 149. 08120 La Llagosta. Barcelona. España.

Diseño del espacio web: Sebastian Font. Maquetación Fanzine: Juan Carlos Valero.

PULSAR reside en el site de internet <http://juancarlos.keynockers.com>

PULSAR es © 2001 Juan Carlos Valero y Sebastian Font Martín

Estela Matutina

Por María Jesús Álvarez

Comentario de la autora

Ilustración de Oscar Cardeñosa Pérez

Este relato se me escapó de las manos desde el comienzo, tomando su propio rumbo y decisiones. Mas que hijo mío, ha salido a sus otros padres: Las montañas de Asturias, la gente con ese “algo” que no me avergüenzo en llamar magia, y la forma que tienen las cosas de torcerse para darte continuas sorpresas.

Cuando volví del cementerio, tras el funeral de Julia, fui a casa de Matilde, en el río. El sendero hasta ella es estrecho y sinuoso, se arquea alrededor de los viejos castaños y la corriente lo salpica formado charcos. Ya no soy joven para recorrerlo a zancadas y, sin Julia, es un paseo largo y solitario. Matilde me abrazó, me sentó junto al hogar de vieja piedra, me ofreció comida caliente y vino dulce y habló muy poco. Matilde no malgasta palabras, pero había estado llorando.

-Te he traído el anillo, Matilde. A Julia le preocupaba que me olvidase de dártelo.

-No lo quiero, Martín. Es tuyo. Era vuestro.

-¿Y si algo me pasa? No quiero que lo cojan. O que baje al ataúd conmigo.

-Tu todavía puedes vivir muchos años, Martín. Y si va a la tumba, pues que vaya. Al final, todo vuelve al sitio donde debe estar.

Encontré el anillo hace ya cincuenta años; medio siglo, parece mentira. Fue en la poza, mientras me bañaba un día de novillos solitarios. No había niños de mi edad en la aldea, por aquel entonces: Un grupo de mozos que andaban ya al cortejo, y dos o tres mocosos que aún no andaban de nada, como no fuera a gatas. Yo tenía doce años y me aburría. Vi el rizo de oro prendido en una rama, rozando el agua, y estuve seguro de que era de Matilde: ninguna otra chica se hubiera bañado allí, tan cerca del pueblo. Hay que pensar de qué época estoy hablando: una rodilla al aire era ya una vergüenza. A Matilde le daba igual, claro. Se bañaba donde le placía, y si no lo hacía en el pilón de la fuente, frente a la iglesia, era porque prefería el río. En mi casa me habían prevenido contra ella: Que si era una lianta, que si era un mal bicho, que hacía conjuros y mal de ojo, que enredaba con medias palabras y que cualquiera que la tratase acababa metido en problemas. Todo eso es mentira. Simplemente, pensaban mal de ella porque no la entendían. Yo tampoco la entiendo mucho, aún después de tantos años, pero creerme: es buena gente.

Aquel día apareció de sopetón, saliendo del agua como una nutria furiosa. Me llevé un buen susto, porque parecía muy enfadada y era más alta que yo; ahora no me llega al hombro, pero entonces era solo un crío.

-Eso es mío, no tengas cara.

-Me lo he encontrado. Si eres tan tonta como para perderlo, es de quien lo coja.

-Se enganchó mientras nadaba....- El ceño se le deshizo en un puchero. Parecía apunto de llorar- Por favor...

No parecía mucho mayor que yo. Trece años, quizás catorce. Era una niña preciosa, de pelo oscuro, piel retostada por el sol, rasgos menudos de duende y ojos verde-alga. Le devolví el anillo, sin más. Quizás quise imitar a los mayores cuando cortejaban a las muchachas. Matilde se me quedó mirando, torciendo la cabeza a un lado como un estornino, sorprendida.

-¿Cómo te llamas?

-Martín. De la Casa del Carretero.

-Muchas gracias, Martín.

Se inclinó y me dio un beso en la mejilla. Sé que olía a hierba y a hojas húmedas, porque ese es siempre el olor de Matilde en verano. Sus labios eran frescos, suaves y húmedos como agua. Cerró los dedos alrededor de los míos, y al retirarse el anillo estaba de nuevo en ellos.

-Quédatelo. Yo lo volveré a perder, y prefiero que lo tengas tú a cualquier otro. Cuando seas hombre, se lo puedes dar a la chica que te guste, para enamorarla.

Se giró para marcharse, vadeando el río con el agua a media pierna, ligera y altiva.

-Oye, espera. ¿Puedo verte otro día?

-¿Para qué?

-Podíamos jugar a algo.

-No te dejen en tu casa

-Pues no se lo decimos.

Las hierbas de la ribera se cerraron tras ella y su voz me llegó traída por el agua.

-Ven cuando quieras. Yo siempre estoy por aquí.

Matilde me acaricia el pelo, o lo poco que los años han dejado de él. Me doy cuenta de que llevo un buen rato callado

-No recuerdo como conocí a Julia. Un año gateaba y al otro me perseguía como un perrito. Tenía que darla esquinazo para verte a ti. ¿Te acuerdas? Y decía de ella que

era una cría pegajosa.

-Los hombres pasáis media vida mirando hacia delante y la otra media mirando hacia atrás.

-La hecho de menos.

Una lágrima se desploma en silencio. Siguen otras, en avalancha líquida, lluvia desde sus ojos verdes. Fuera, suenan las gotas sobre los árboles: el cielo también llora por Julia.

No es que yo no quisiera a Julia, incluso entonces. De niños, tallaba para ella silbatos y peonzas, le ayudaba a hacer los deberes, dándome continuamente aires de maestro, y en los largos inviernos, cuando la nieve cubría los caminos, el río se helaba y Matilde se encerraba en su casa, Julia era mi única compañera de juegos. Julia tenía ojos oscuros de perdiz y de chiquilla era gordezuela, de piel rosada y nariz chata, con el pelo del color auténtico a castaño pulido. Era traviesa y mimosa como un gatito. ¿Cómo no quererla? Juntos nos escabullíamos las noches de luna para robar fruta y atar esquilas a las puertas, juntos cazábamos ranas y saltamontes para deslizarlos en la iglesia durante la misa, juntos rociábamos con pimentón el asiento de la maestra, y juntos acabábamos, de rodillas, en el rincón de los castigados.

Si, las carreras, los días relucientes, las travesuras,



las castañas asadas y la nieve del invierno pasaron a ser de Julia. Pero la magia, el misterio, el secreto, la calidez de las noches de verano... esos eran de Matilde. Estar con Julia era agradable, yo era el capitán indiscutible de nuestra pandilla de dos. Ella obedecía sin rechistar y me admiraba sin condiciones. Matilde era imprevisible, tan pronto cariñosa y tierna como burlona. Ante ella, siempre me sentí como un niño con los pantalones largos de su hermano mayor. Me enseñó a reconocer cada planta por su nombre, a llamar a la suerte y expulsar a los fantasmas, a seguir las huellas de los animales en la tierra, tallar en piedra negra la figa contra el mal de ojo y deslizarme en

silencio por el bosque. Ella gobernaba sin discusión nuestra pandilla, y era yo quien la admiraba sin condiciones a ella. Julia no podía competir.

-¿Te acuerdas cuando me dijiste que se casaba? Fue aquí mismo.

-Déjalo ya, Martín.

-“Dejaste escapar a la perdiz” Todavía me acuerdo. Y hace treinta y cinco años.

-Martín. Basta.

Soy un hombre; que digo, soy un viejo. No tengo edad ni costumbre de gimotear. Pero Julia a muerto. Ayer de madrugada, en nuestra cama, a mi lado. Sin despertarme y sin despertar.

-Dejaste escapar a la perdiz. Julia se casa.

Matilde chispeaba de malicia. Era verano, y yo acababa de llegar desde la estación, cargado con mi maleta de madera, para hacerle una visita furtiva antes de ir a la casa de mis padres. Había vuelto al pueblo para pasar las vacaciones, estudiaba arquitectura en Oviedo. Era uno de los pocos mozos de la parroquia en la universidad, y recuerdo que usaba sombrero y chaleco, como un señorito, e intentaba suprimir al hablar mi acento campesino. Enterarme de que Julia se había echado novio fue una patada sobre mi vanidad de hombre joven. Arrojé la maleta contra la pared de piedra.

-Se ha dado prisa esa....

-Chissst. Ni se te ocurra. ¿La estuviste enamorando y yo no me enteré? No te he visto ponerle el ramo en la ventana ni un año.

-Esas cosas ya no se hacen, Matilde. Y ella era mi moza.

-Caramba. Deberías habérselo dicho. Igual le hacía ilusión saberlo.

Matilde tenía razón, claro. Siempre había sido más divertido corretear con ella que hacer caso de Julia, tanto de niño como de joven. No es que anduviéramos nunca liados, a mí Matilde siempre me ha dado aprensión como mujer, demasiado descarada, demasiado libre. No me atrevía con ella. Y aunque me hubiera atrevido... No. El hogar y la casa eran el territorio de Julia. Y ahora la perdía.

-Si ahora le hablase, ¿Crees que serviría de algo?

-Si, claro, para amargarle el casorio. Ella cree que está enamorada. Déjala. Al final todo vuelve a donde tiene que estar. La vida es como el agua, puede subir muy arriba, pero antes o después vuelve a remansarse en el suelo.

No la creí entonces. Aquello dolía demasiado para que yo conservara la fe en sus consejos. Aquel año volví muy pronto a Oviedo, pretextando una asignatura pendiente que no tenía, y Julia lamentó al despedirme que no pudiera ir a su boda.

Terminé la carrera, conseguí un trabajo y me marché a la capital. Solía volver en verano, con coche propio y dinero en el bolsillo. Seguía viendo a Matilde. Era la mejor

cura de humildad que podía recibir, en una época en la que no era habitual que alguien de mi edad, salido de una aldea, viviera tan bien. Siempre he tenido suerte. Pienso que mi relación con Matilde, y esa magia que la seguía como un reflejo, tiene algo que ver con esa suerte. A Julia no le marchaba tan bien. Ya sé que parece la típica historia que suelta siempre el segundón, que el primero nunca fue ni su sombra, pero es la pura verdad. No es que José tuviera vicios, ni que la pegase. Tampoco que fuera con otras mujeres, aunque algunos en el pueblo le acusaban de verse con Matilde: Eso me consta que no es cierto. Matilde no era un ejemplo de castidad, y unos cuantos chicos de la aldea se han estrenado con ella en algún rincón oscuro, bajo las estrellas de verano: muchachos de ojos encendidos con bobalicona iluminación, que rondaban durante días junto a su casa, como perros esperando a recibir otro mendrugo. Pero jamás el marido de Julia. Matilde lo detestaba con toda su alma. Había en él una avidez de rapiña, algo que iba más allá del egoísmo: Cambiaba los mojones, robaba la fruta, cazaba de furtivo, sin importarle la época o si mataba machos o hembras en cría, pescaba con dinamita.... Con alguien así solo puedes ser su aliado, y amasar juntos a costa del mundo, ser una víctima de sus mañas, o ser su enemigo. Julia era todo generosidad, y coraje. Le plantó cara y su matrimonio se convirtió en una riña constante.

Ahora hubiera sido más fácil, se hubieran marchado cada uno por su lado y punto. Pero hace cuarenta años, y en un pueblo, no había forma de deshacer las cosas. Y yo mal podía andar tirándole los tejos a una mujer con marido, por malcasada que estuviera. Menos con un marido como ese, que si tanto esfuerzo dedicaba a arramblar con lo ajeno, imaginaros cuantos ojos pondría para vigilar lo que era suyo por derecho. Si José no hubiera muerto tan oportunamente, hoy yo no sería viudo sino solterón.

Lo encontraron un verano tirado en la campa, con el corazón reventado. Tenía un par de cartuchos en el bolsillo, así que la opinión general fue que había oído a los civiles cuando estaba con las manos en el tajo, y había salido corriendo. Era un hombre corpulento, grande, de esos que tienen una fuerza enorme pero se cansan con facilidad. Cuando fui a dar el pésame a Julia charlamos horas, hasta el anochecer. Fue la primera vez que hablamos de Matilde.

-¿Sigues viéndote con la mujer del río? – Recuerdo que preguntó

-¿Lo sabías?

-Todo el pueblo lo sabe. Muchos creían que acabarías loco o tonto.

-Matilde no es así. Tenerle miedo es una estupidez

-¿Por qué nunca me la presentaste?

Allí, en la cocina de Julia, sentados a una mesa de fórmica, Matilde y sus magias parecían muy lejanas.

-No sé... sois muy distintas.

-¿Y tú te pareces?

El señor arquitecto, con traje y zapatos brillantes. Y Matilde. Nos echamos a reír, Julia y yo.

-Bueno, si quieres tratarla, aún estamos a tiempo.

Antes de acabar las vacaciones le regalé a Julia el anillo de Matilde, y nos casamos el mismo día que ella terminaba el luto.

-Si yo no hubiera sido tan crío, habiéramos tenido cinco años más.

-Sin esos cinco años de menos, no os hubieran sabido tan buenos los otros treinta.

Julia opinaba lo mismo. Me dijo una vez que las cosas habían salido bien así. Que de otro modo yo hubiera estado toda la vida deslumbrado por Matilde, incapaz de valorar a otra mujer. Que habríamos acabado tan mal los dos como ella con su primer marido. Julia y Matilde se querían. En el tiempo que pasó antes de que Julia y yo nos casáramos, se volvieron inseparables. Es mucho lo que Matilde le contó a Julia de mí, que probablemente yo nunca me habría atrevido (o nunca habría querido) contarle, pero para ser justos mucho he comprendido de Julia a través de Matilde. Es sólo que nunca ha sabido guardar un secreto. Para alguien que vive como ella, con el corazón a la vista de todos, supongo que la idea de secreto puede ser algo extraña.

Han sido buenos años. Años repletos, llenos de sabores, de color, de magia tan cotidiana como la luna y la puesta de sol. Julia y yo tuvimos peleas, reconciliaciones agridulces, rabietas, malentendidos. A veces perdimos el hilo de nuestras vidas y tuvimos que volver aquí, a la casa de Matilde, a que ella nos riñera con su sabiduría antigua, como la piedra y el agua, y volviera a tejer la madeja con sus manos de hada. Por eso estoy aquí. Porque cuando algo iba mal, Matilde siempre estuvo dispuesta a enderezar las cosas para nosotros, sus niños.

-Vamos, Martín. No tienes edad para morir por amor.

Hay humor en sus palabras, como siempre. Pude que le duela perder a Julia, pero el pequeño duende no sabe estar triste.

-No quiero seguir solo.

-No estás solo.

Miro esa cara que no aparenta más de trece o catorce años, el mismo cuerpo esbelto que no ha cambiado, mientras yo crecía y envejecía, adquiría fuerza y vitalidad para perderla de nuevo. Miro esos ojos, que ya eran sabios cuando la primera gota de lluvia corrió por esta tierra y fue río.

-No puede ser lo mismo. No podemos estar juntos de la mañana a la noche. Y yo soy viejo, necesito alguien junto a mí. Todo el tiempo, no sólo en unas horas de magia.

Por primera vez desde que la conozco, no se ríe de mi intento de ser solemne. Hasta el río parece haber

callado. Extiende la mano hacia mi cuello, y toma el anillo que cuelga allí. Sin soltar la cadena ni romperla, de improviso está en su mano, la luz de una estrella cristalizada, el corazón de una Xana. Pensé que me costaría convencerla. Como siempre con Matilde, me equivoqué. Matilde sabe. No hacen falta palabras.

La sigo hasta el exterior de la cueva, su casa entre los juncos y el agua. Ha anochecido y las ranas cortejan, cantando en las orillas. Luciérnagas en el río, estrellas en las grietas del cielo. Ella camina delante de mí, ondulante, y ligera, y lenta como un fuego fatuo. No podría dejar de seguirla por nada del mundo. Por amor a mí, anda despacio. Puede correr muy rápido; yo la vi saltando, brincando como una girándula bruja, provocando y azuzando a José, el primer marido de Julia, el que dinamitaba los arroyos. Puede volar con el viento o fluir con el río. Puede aparecer y desaparecer en un rayo de luna, engañar al ojo, la mano y la mente. Pero conmigo, camina.

El río huele a hierba y a hojas húmedas cuando se vuelve hacia mí, y tiende los brazos, una ninfa radiante, vestida de blanco y oro, pelo azabache, ojos verdes. Y el fondo del río es cálido, oscuro y acogedor como el olvido.

Sobre la autora...

-Nombre: Chus.

-Edad: Llevo el último año asegurando que tengo ya los 28.

-Sexo: Vale, pero quedamos primero a tomar unas copas.

-Signo del zodiaco: Géminis.

-Profesión: Chapuzas del S. XXI, programadora.

-Vocación: Crítica literaria (Es el único trabajo donde te pagan por leer)

-Color: Rojo

-Carácter: Muchos. Mucho.

-Una virtud destacable: Intensidad

-Un defecto destacable: Intensidad

-Secreto inconfesable: Ninguno. Soy una bocazas.

-Autor favorito: Uno por personalidad, doctor.

-Influencias literarias: Sobre todo la velocidad del metro, que es mi sitio habitual para escribir.

Número 1

Distribución:

<http://www.dragonlibros.com>

<http://theplague.ci-fi.com>

alvarezmesa@wanadoo.es

LA PLAGA

Relatos

Ludo Bermejo

David Soriano

Santiago Eximeno

Jorge A. González

Greg Egan

José Antonio Cotrina

Juan Antonio Fernández

Graciela I. Lorenzo



Diferencias Conyugales

Por Sebastian Font
Comentario del autor

A veces, escribir es tan simple como dejar que un personaje siga una acción. Lo que resulta sorprendente es que, en ciertas ocasiones, este personaje tenga tanto poder que cuando el escritor se sienta para escribir una cosa, el personaje tome el control y de la pluma salga algo totalmente inesperado... y en esta ocasión, éste ha sido el caso. Señoras y señores, con ustedes... El Doctor Brown en su primera aparición pública.

-¿Estáis del todo seguro, Maese Brown? –preguntó el almirante a su invitado.

El hombre sonrió una vez más. Y miró de nuevo aquel extraño artilugio que siempre llevaba, y que, incluso durante el intento de motín de días atrás, había impedido que nadie tocara.

-¿Vos también dudáis, Almirante? –preguntó a su vez el misterioso hombre alto, mientras se guardaba en el bolsillo el extraño aparato- Observad, observad.

En aquel momento, un grito llegó desde la cofia situada en lo alto del mástil principal de la carabela:

-¡Tierra! ¡Tierra a la vista!

El almirante miró incrédulo hacia el hombre que, una vez más, sonreía misteriosamente a su lado.

-¿Lo veis, Almirante Colón? –dijo el llamado Maese Brown- Ya os lo dije...

“¿Porqué nunca encuentras un taxi cuando lo necesitas? ¿Porqué siempre, cuando vas cargado de paquetes, pareces volverte invisible para el resto de la humanidad?”

Eso es lo que se preguntaba Matt después del violento encontronazo con el hombre de la gabardina marrón, y que ahora se afanaba, siempre con una sonrisa en los labios y tras una rápida disculpa, en ayudarle a recoger los paquetes que se habían desperdigado por todo el suelo. A saber si no se habría roto algo en aquella aparatosa caída. Si fuese así, una vez más tendría que soportar los gritos de su inaguantable esposa, que le había hecho todos aquellos encargos aquella misma mañana por teléfono y que ni siquiera se había dignado en ir a recogerle con el coche familiar a la puerta de los grandes almacenes.

-Le pido que me disculpe –le había dicho aquel hombre tras el encontronazo con una profunda voz, y había añadido-. Permita que le ayude a recoger todos estos paquetes y que, por lo menos, le invite a un refresco en ese bar de ahí: se le ve muy acalorado.

Era imposible que con tanta amabilidad Matt se sintiese enojado con aquella persona, aunque no era por no

intentarlo. Sin embargo, el simple hecho de imaginarse tras la barra de aquel bar, tomando un café (que prefería a un refresco) y, lo más importante de todo, un descanso, le estaban dando alas a la hora de recoger todo aquel estropicio.

El hombre incluso ayudó a Matt a entrar en el bar, llevando buena parte de los paquetes. Cargado como estaba y aparentemente sin dificultad alguna, buscó una mesa y cuando la localizó se acercó hasta ella y dejó los paquetes que llevaba con sumo cuidado en el suelo. Matt le siguió e hizo lo mismo, y se dejó caer pesadamente en la silla, resoplando. El hombre llamó con un gesto al camarero y pidió, tras interrogar a Matt con la mirada, dos cafés.

-Permita que me presente –le dijo el hombre, mientras Matt se enderezaba en la silla-. Me llamo Augustus Brown. Doctor Augustus Brown.

-Encantado –dijo Matt estrechándole la mano que le tendía por encima de la mesa-. Yo soy Matt Rodgers.

El hombre pareció sorprenderse, aunque su extraña sonrisa no dejó ni por un momento de asomar en su rostro.

-¿Matt Rodgers, el famoso autor teatral? ¿Ese Matt Rodgers?

Matt se sintió inmediatamente halagado y extraño. “¿Famoso?”, pensó. “De acuerdo en que su tercera obra había tenido algo de éxito, pero ser considerado por eso tanto como famoso...”

-Bueno, sí. Ese –dijo, avergonzado. Y añadió lo que había estado pensando-. Pero tanto como famoso...

-Discúlpeme usted –dijo Brown justo antes de dar un pequeño sorbo a su café y hacer un gesto de apreciación-. Debería haber dicho el “próximamente famoso” Matt Rodgers.

-¿Cómo? –preguntó, repentinamente interesado ante esa afirmación el autor teatral.

-Verá, yo soy amigo de su agente teatral. Hace poco estuve de visita en su casa y estaba tan entusiasmado con las primeras pruebas del borrador de su nueva obra que me las dejó leer. Y no puedo por menos que decirle que estoy completamente de acuerdo con él, que creo firmemente

que su nueva obra va a ser todo un éxito. Una revolución en el mundo teatral. Un éxito, sin duda alguna.

Matt se sentía muy confuso: ¿que Albert, su agente, había dejado leer una obra de uno de sus clientes a un amigo? Eso era nuevo.

-Créame, Matt. Debe usted finalizar esa obra cuanto antes. La fama le espera a usted en cuanto termine de escribir. Hágame caso, y no posponga ni un segundo la finalización de esa maravillosa trama que está usted escribiendo. No deje que nada ni nadie se interponga entre usted y la más absoluta fama. Imagínese: todas las portadas de periódicos y revistas hablando de usted. Eso es lo que, sin duda, conseguirá usted en cuanto termine de escribir su nueva obra.

El autor sentía como su orgullo crecía a cada palabra de aquel hombre. Y como, en paralelo, lo hacía también sus ganas de escribir. El problema era, como siempre...

-Ya me gustaría a mí poder hacer eso -intervino Matt, quejumbroso-. El problema es que también tengo otras muchas cosas que hacer.

-No deje que eso se interponga en su camino a la fama -le contestó Brown, después de acabar su café de un solo y largo trago, mientras escuchaba las quejas del autor teatral-. Debe usted escribir esa obra a toda costa. Créame, entiendo de literatura y sé que su obra será muy apreciada en el mundo literario en cuanto la dé usted a conocer. Y, es más, estoy absolutamente seguro que, además, en cuanto se estrene su obra, y no dudo que los empresarios teatrales se pelearán por poder hacer eso, será usted el hombre más famoso de la Tierra.

Algo se rompió en un segundo dentro del autor mientras oía aquellas palabras. Sí, ahora ya estaba determinado a ello. Acabaría las pocas páginas que le quedaban y entregaría la obra a Albert. Si con lo poco que le había entregado a su agente, había conseguido entusiasmar de aquella manera a éste y al desconocido Doctor Brown, nada ni nadie impediría que hoy mismo acabase su nueva obra teatral.

-Gracias, señor Brown. Me siento muy halagado.

El desconocido sacó en aquel momento una pequeña agenda de su bolsillo y miró la pantalla.

-Caramba, se me hace tarde -dijo, levantándose de la mesa. Y cuando vio que Matt hacía lo mismo, le hizo una seña de que aguardase-. No, no se levante. Déjeme que pague la consumición y que le encuentre un taxi. Es lo menos que puedo hacer por alguien que va a alcanzar tal notoriedad dentro de poco.

El autor sonrió, mientras el doctor se acercaba a la barra y hablaba brevemente con el camarero. El autor vio como éste se dirigía hacia el teléfono y hablaba brevemente. Un minuto después, el doctor se acercaba hacia la mesa, mientras un coche hacía sonar su bocina dos veces en la calle. Brown se agachó y, de nuevo aparentemente sin

esfuerzo, cogió su parte de los paquetes.

-¿Vamos? -dijo- El taxi está esperando.

Matt sonrió y tomó también sus paquetes. Cinco minutos después estaba cómodamente sentado en el asiento trasero del taxi (que el doctor también había insistido en pagar por adelantado, antes de despedirse cordialmente de él) pensando en diferentes finales para su obra de teatro, firmemente decidido a no dejar que nada le impidiese acabarla aquel mismo día.

El taxista insistió en ayudarlo a llevar parte de los paquetes hasta la casa. Matt entró primero y dejó su parte de los paquetes en el vestíbulo. El taxista también los dejó en el mismo sitio, y, extrañamente, se negó a tomar la propina que el autor le ofrecía. La explicación fue que lo que le había dado el doctor por la carrera era más que suficiente como para considerar que la propina era casi abusiva. Así que, con un gesto de agradecimiento, y sin tomar el dinero del autor, saludó y se fue.

Y casi simultáneamente al ruido de la puerta de la calle al cerrarse, una voz femenina se dejó oír a voz en grito.

-¡Matt! ¿Ya estás aquí? ¿Has traído todo lo que te pedí?

El autor suspiró. "Cariño, ¿has tenido buen día?" "¿Qué tal te ha ido en el trabajo, querido?" "Espera, amor mío, que ahora mismo salgo a darte un beso" Eso es lo que le hubiese gustado escuchar a Matt a su llegada a casa, y ahora estaba pensando en ello irónicamente. Pero no, y era de esperar: lo primero para ella eran siempre sus compras, sus malditas compras. Las compras que ella nunca hacía, las que siempre le encargaba a él.

Ella apareció, vestida con su bata y aun sin arreglar. "Dios" -pensó el autor- "Aun ni siquiera se ha vestido"

Tampoco era de extrañar. Cuando Matt la conoció, ella ya era la típica nueva rica, hija de un magnate de la prensa en Internet, que se había hecho rico sin apenas esfuerzo gracias a la especulación que había habido con la página que había creado. Y que había malcriado a su "niñita" todo lo que un ser humano puede hacer eso gracias a ingentes cantidades de dinero. Sin embargo, y eso es lo que Matt echaba ahora de menos de ella, cuando habían estado saliendo, cuando eran simplemente dos enamorados que habían decidido hacerse novios, ella era mucho más activa y dulce que ahora... Aunque, aun sin arreglar, ella seguía siendo tan hermosa como el primer día en que se conocieron.

-¿Qué ha pasado? -dijo ella de repente, cuando se acercó y vio los paquetes- ¡Algunas cajas están golpeadas!

-Me caí. Choqué con una persona cuando iba cargado.

-¡Ay, cariño! ¿Te hiciste daño!" Eso es lo que esperaba escuchar el autor teatral.

-Eres un inútil y un torpe. Como se haya estro-

peado algo de lo que te pedí... –amenazó ella.

Matt suspiró de nuevo, rígido junto a los paquetes, mientras la miraba con un odio creciente en su corazón. ¿Dónde estaba ahora aquella chica de la que se enamoró como un tonto hace ya dos años? Eso era una pregunta retórica: Matt sabía perfectamente donde estaba. Muerta y enterrada, desde el día que dijeron el “sí” delante del párroco. Porque ahí fue donde, por primera vez, ella había dado la primera muestra del cambio que había ido creciendo paulatinamente hasta llevarles a aquella violenta situación en la que se encontraban ahora.

El autor había pensado muchas veces, igual que lo estaba haciendo ahora, en ese cambio: estaba seguro que ella le había “cazado” simplemente para tener una seguridad en la vida, y que, una vez conseguido eso, se había dejado llevar por su vertiente de “niña consentida”. Así, ahora se dedicaba todo el día a hacer lo que más le gustaba, a darse todos esos caprichos que ni siquiera había dejado entrever a Matt mientras eran novios: no quería hacer nada en la casa, no quería trabajar, dormía hasta tarde y, cuando se levantaba, y como ahora, no se arreglaba y se pasaba todo el día leyendo esas revistas del corazón que él tenía que comprarle; salía solo con sus amigas, y si Matt tenía alguna cena de compromiso, cuando él le pedía que le acompañase, a ella le entraba una terrible jaqueca al instante.

Eso sí: no se podía quejar de su vida sexual. En ese mismo periodo de tiempo, ella había parecido perder todo su recato, y parecía siempre dispuesta a ello, como si fuese lo único de él que la divertía. De hecho, él se había preguntado en más de una ocasión si ella no había sido desde el principio una ninfómana reprimida, que, en cuanto había encontrado la estabilidad con él, había decidido romper su recato y convertirle a él, de esa manera, en tan solo un objeto con el que divertirse en la cama.

Bueno, era su esposa, y él seguía queriéndola, a pesar de todo. Nunca, nunca, había dejado de quererla, desde el primer día, a pesar de todos los cambios.

Extendió la mano para acariciarle el pelo, mientras ella estaba de pie, mirando detenidamente uno de los paquetes.

Y ella se apartó casi de un salto de él, antes de que su mano tocara el cabello.

Eso fue demasiado. Matt abandonó todo intento de acercarse a ella y, recordando su determinación anterior, subió hasta su habitación y cerró de un portazo.

Y se puso a terminar su obra de teatro.

Aun no había acabado cuando oyó un sonido abajo. Pero no le dio ninguna importancia... hasta que alguien empezó a aporrear salvajemente la puerta de su habitación, que él había cerrado con llave como siempre que se ponía a escribir.

–¡Matt, Matt! –oyó que le gritaba ella a través de la puerta– ¡Eres un torpe idiota! ¡Has aplastado uno de los

sombreros que te encargué que me compraras! ¿Me oyes, Matt? ¡Inútil, torpe y fracasado!

El autor se tapó los oídos con las manos, exasperado por aquellos gritos. Sí, ella sabía ofender. Siempre había sabido, y había ido a más todo aquel tiempo.

Pero ese era su momento: como le había sugerido Brown, tenía que acabar su obra. Nada, ni ella ni sus gritos de niña mimada, impedirían eso. Así que se levantó haciendo acopio de toda su paciencia, y mientras ella aporreaba salvajemente la puerta y seguía gritando e insultándole, conectó los auriculares a la cadena de música, seleccionó una obra de música clásica que le gustaba y le calmaba sobre todas las demás, y se sentó de nuevo ante el teclado del ordenador.

Una hora más tarde, de la silenciosa impresora de inyección de tinta surgía la hoja en la que rezaba la palabra “FIN”. Los gritos habían terminado hacía rato, cuando ella, tras aparentemente darse cuenta de que él no la escuchaba (o no quería escucharla), se había ido a la planta baja de la casa, a seguir mirando los desperfectos de los paquetes.

Matt reordenó los folios. Y sonrió: aquel desconocido había tenido razón. Su nueva obra era excelente, y él se sentía orgulloso de ella. Supo, en cuando la tuvo en sus manos y pudo sentir el peso de la resma de papel, que sí, que la fama llegaría hasta él, y que incluso quizás ganaría algún premio literario por aquella obra. Supo que alguno de sus amigos autores se moriría de envidia, que los críticos iban a ensalzar aquel texto sin duda alguna y que los empresarios teatrales empezaban a llamar a su puerta rogando... no, suplicando que les permitiese programar la obra en sus teatros. Porque sería un éxito, y la gente acudiría de todas partes para ver las representaciones, una, dos, tres veces si era necesario.

Aquel manojo de papel era su futuro, un futuro brillante, luminoso, que él tenía asegurado.

Se sentía exultante, eufórico, lleno de vida. Así que dejó la obra en la carpeta, sobre la mesa, y bajó a comer algo, y a ver si su mujer se había calmado y quería compartir con él aquel éxito seguro.

Silbaba cuando llegó a la sala de estar. Había estado silbando desde que saliera de la habitación.

Y, quizás, fuese eso lo que le indicó a ella que llegaba su momento. Porque él la encontró de pie, en el salón, con los brazos cruzados y con una extraña expresión en su rostro.

–Eres un cerdo inútil. Un inepto que ni siquiera sabe hacer un recado.

Dos frases que ella dijo que dejaron paralizado a Matt en la puerta de la estancia.

–Fue un accidente –solo atinó a decir él.

Ella tomó un plato de adorno que había sobre la mesa y, sin pensárselo dos veces, se lo lanzó. El tuvo que esquivarlo a duras penas.

-Y no me has hecho ningún caso cuando he subido a decírtelo, so puerco.

-Cariño, estaba escribiendo –Intentó mediar él-. De hecho, vengo a decirte...

-¡Me importa un carajo lo que tengas que decirme, cabrón! –le cortó ella- ¡Eres un fracasado de mierda que no sabe hacer nada a derechas en esta vida!

Una nube roja de odio puro cegó a Matt, quien comenzó a andar despacio hacia ella. Mientras, la mujer no paraba de gritar.

-¡No me tenía que haber casado con un puerco como tú! Me tienes harta, ¿me oyes? ¡Harta!

El no se dio cuenta siquiera de que, al pasar junto a la mesa del centro de la estancia, había cogido un pesado candelabro. Ella lo vio, pero aún así siguió, burlona:

-¿Qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? ¿Un calzonazos como tu? ¡No tienes los suficientes cojones!

El primer golpe le abrió la cabeza como una sandía que cayese desde lo más alto. Pero él no pudo parar, y continuó golpeando, y golpeando, y golpeando... No veía nada. No sentía nada. Y, por eso, no se dio cuenta de que estaba golpeando el cuerpo ya sin vida de su esposa frente a la ventana que daba a la calle, y que a través de ella, la gente que pasaba por la calle estaba mirando horrorizada todo aquello.

Matt continuó golpeando, una y otra vez. Y solo se detuvo cuando el policía se le echó encima para inmovilizarle, después de ser avisado por una de aquellas personas y tras echar abajo la puerta de entrada.

Cuando de la cabeza de su mujer no quedaba más que un muñón irreconocible y sanguinolento.

Sí, había acertado una vez más. Los distintos periódicos lo mostraban: todos ellos se hacían eco de la horrible muerte de una rica heredera a manos de su marido, un escritor de obras teatrales.

Como le había prometido, en cuanto había terminado su obra, había aparecido en todas las portadas, convirtiéndose en la persona más famosa del mundo. En el asesino más famoso del mundo. El condenado a muerte más popular del planeta. Y su obra había sido un éxito internacional, gracias a toda aquella macabra publicidad. ¿Quién podría resistirse a ver la última obra de un famoso criminal que había acabado sus días en la silla eléctrica? ¿Quién podría evitar ver lo último que una mente brillante había escrito antes de acabar en la más absoluta locura?

Sonrió. Y después de doblar las diferentes portadas de aquellos periódicos de un tiempo que aún no había ocurrido, las utilizó para encender la chimenea del suntuoso salón donde un malhumorado hombre esperaba hablar con él. Después de asegurarse de que el fuego ya no iba a apagarse, se acercó hasta el hombre y continuó su conversación... elevando mucho el tono de su voz, porque sabía que aquel hombre era muy sordo.

-Si no quiere creerme, solo tiene que probarlo. Lo único que tiene que hacer es apoyar su cabeza contra el piano mientras yo toco algunas notas.

-Es ridículo –contestó el otro.

-No se desanime, señor –le rogó él-. No perderá nada por probarlo.

El otro suspiró y apoyó su cabeza contra el piano de cola que estaba a su lado, y que dominaba toda la estancia de aquel magnífico palacio.

-Me siento ridículo –comentó.

-Más vale que se olvide de ello, porque esto tendrá que hacerlo a menudo –respondió el otro. Y a continuación, pulsó unas cuantas teclas del piano.

El hombre viejo levantó la cabeza del piano, sorprendido, y exclamó:

-¡Tenía usted razón, Doctor Brown! ¡He podido sentir la música!

-Por supuesto –respondió, sonriendo, el señor Brown-. Ya le dije que ocurriría, Herr Beethoven. No podía ser de otra manera.

Alto, gordo y calvo. Pero bastante bueno a la hora de reparar aparatos electrónicos, y también (o eso dicen) a la hora de escribir ciencia ficción. Y ahora, de director de contenidos en un portal de shareware, haciendo un evento con usuarios de toda Sudamérica cada dos semanas para solucionarles sus problemas de software y hardware, y hasta apareciendo en un programa de radio explicando software gratuito. Ese es Sebastián. Y creo que a estas alturas ya solo le falta aprender a cavar zanjas para haber hecho de todo...

NOTA DE LA REDACCION

En el número anterior comentábamos que no nos había sido posible el contactar con **Marta Olmedilla**, autora de "De lagunas e Historias". Al poco tiempo de publicarse el fanzine ella nos comunicó el motivo de su incomunicación, que no es otro que una grave enfermedad que padece un miembro de su familia. Vaya desde aquí nuestros mejores deseos de recuperación y nuestra esperanza de volver a tener su pluma entre nosotros.

La Dimensión Desconocida:

¿sabes que te espera hoy ?

Por Ivan de la Torre

Comentario del autor

Imágenes archivo del Fanzine PULSAR

Entre las series famosas que han seguido cosechando admiradores a lo largo del tiempo, alimentadas por su propio mito, se encuentra La Dimensión Desconocida: creada y guionizada principalmente por Rod Serling, el tono entre moralista y sarcástico de sus historias sirvió para mostrar al ser humano mas allá de sus disfraces intentado salvar la vida mientras revisaba sus miedos, fobias y temores, nunca antes una serie había hecho tanto por la humanidad, nunca después se logro tanto... tal vez porque Serling no estaba allí para presentarla diciendo: Esta usted, en la Dimensión Desconocida.

"ABRAMOS ESTA PUERTA CON LA LLAVE DE LA IMAGINACIÓN. TRAS ELLA ENCONTRAREMOS OTRA DIMENSIÓN, UNA DIMENSIÓN DE SONIDO, UNA DIMENSIÓN DE VISIÓN, LA DIMENSIÓN DE LA MENTE. ESTAMOS ENTRANDO EN UN MUNDO DISTINTO DE SUEÑOS E IDEAS. ESTAMOS ENTRANDO EN LA DIMENSIÓN DESCONOCIDA"

- apertura de la temporada
final de la serie-

del televidente medio usando ingeniosas tramas que involucraban gente común y lugares comunes en un escenario poco común: La Dimensión Desconocida.



Esta serie, aun hoy, cuenta con seguidores, y los mas famosos no han dudado en rendirle homenaje; entre ellos Steven Spielberg, quien filmo una película rescatando los episodios mas famosos de la serie, y luego creo otra, intentando rescatar la magia de la original... lamentablemente dicha magia se había ido con su creador: el 28 de junio de 1975, a los 50 años, Rod Serling murió dejando tras de si una brillante carrera de escritor, llena de personajes que han entrado a la mentalidad del publico junto con el nombre de la serie.

Bienvenidos a la Dimensión Desconocida.

Entre 1959 y 1964, en más de 150 episodios memorables, Rod Serling fue el guía a través de esa dimensión donde la realidad se quiebra y fragmenta, ensamblándose con sueños y pesadillas para mostrarnos visiones acerca del ser humano y su tiempo, obligándonos a reflexionar sobre temas eternos en un marco ficticio.

Su hija Anne hablo de esta capacidad de Serling que aparecería reflejada en los mejores capítulos de la serie: "Él tenía esa rara cualidad de estar capacitado de aferrarse a las cosas que usualmente nos pasan desapercibidas. Ese fue su costado suave, una tierna intensidad. Él tenía una caja llena de viejas cartas de sus amigos de la infancia, sus padres y su hermano, la que miraba con un estado de ánimo siempre nostálgico. No se si él sería capaz de dejarla por completo. Esto se evidencia en muchas de sus



historias que tratan sobre el tema del 'regreso'"

Fue la lucha contra la censura lo que, según ella, lo lanzó a intentar una serie fantástica, luego de haber realizado infinidad de exitosos guiones televisivos: "Como él contó en una entrevista, 'Las cosas que no pueden ser dichas por un republicano o un demócrata, pueden ser dichas por un marciano.'"

Es innegable el papel central que Serling desempeñó en La Dimensión Desconocida: fue el responsable de venderla ante el escepticismo general de la industria, de presentarla y de escribir la mayoría de los episodios, incluido el piloto que sirvió como prueba: WHERE IS EVERYBODY? ; la historia de un hombre que despierta en un pueblo desierto preguntándose "¿donde están todos?", para luego iniciar su enloquecedora odisea y llegar al traumático clímax final.

Su hija hablando de su increíble capacidad para escribir dijo: Rod se levantaba cada mañana diciendo, 'Déjame contarme una historia.' Esa fue su insignia, su confianza y su llave maestra dentro de nuestras vidas."

No hubo capítulo que no fuera revisado por Serling. Los guiones eran estudiados por un grupo de trabajo antes de ser filmados y los actores contaban con dos días de prueba: el primero para ensayar con el director en la mesa de trabajo y el otro en las locaciones para medir los movimientos de cámaras y efectos especiales.

"Los capítulos eran pequeñas lecciones morales, el lado



oscuro de la condición humana salía a la luz en la Dimensión Desconocida: Los prejuicios, los miedos, la intolerancia."

Serling escribió 89 de los 151 capítulos que conformaron las tres primeras temporadas de La dimensión desconocida (1959/60; 1961/62; 1963/64), que se filmaron en blanco y negro. Promediando 1963, se grabaron dieciocho episodios de una hora de duración (la primera versión duraba treinta minutos). Sin embargo, la ampliación hora-

rio repercutió en el clima de la serie (y en el rating), lo que obligó al canal a devolverla a su formato original.

Richard Matheson (junto con Charles Beaumont), fue uno de los guionistas de confianza de Serling y junto con él creó algunos de los capítulos más clásicos de la serie: THIRD FROM THE SUN , THE LAST FLIGHT, A WORLD OF DIFFERENCE, A WORLD OF HIS OWN, NICK OF TIME, THE INVADERS, LITTLE GIRL LOST y NIGHTMARE AT 20,000 FEET, por nombrar unos pocos.

En estos episodios pudieron verse también los primeros pasos televisivos de actores famosos como Robert Redford, Cliff Robertson, Burt Reynolds, Robert Duvall, Carol Burnett y William Shatner entre otros.

La serie fue cancelada en 1964, el mismo año que el film Seven Days in May, con guión de Serling fue estrenado; poco después trabajaría como guionista de una película clásica de cf: El planeta de los simios.

Entre 1985 y 1988, la CBS produjo, en forma discontinua, una nueva versión de La Dimensión Desconocida, de una hora de duración, en color y bajo la asesoría creativa de Harlan Ellison. Con nuevo tema musical, la serie nunca alcanzó los méritos ni el consenso de su antecesora, a pesar de contar con excelentes guiones basados en cuentos del propio Ellison, Ray Bradbury, Stephen King, Richard Matheson, Robert Silverberg, Roger Zelazny y Theodore Sturgeon. En la lista siguiente puede verse por orden de aparición los nombres de los episodios y la obra del autor en la cual se basó el mismo:

SHATTERDAY . Harlan Ellison

PALADIN OF THE LOST HOUR. Harlan Ellison

THE BURNING MAN Ray Bradbury

DEAD WOMAN'S SHOES Charles Beaumont

ONE LIFE, FURNISHED IN EARLY POVERTY.
Harlan Ellison

I OF NEWTON. Joe Haldeman

NIGHT OF THE MEEK. Rod Serling

THE STAR Arthur C. Clarke

A MATTER OF MINUTES. Theodore Sturgeon
(basada en su historia corta "Yesterday was Monday")

TO SEE THE INVISIBLE MAN. Robert Silverberg

GRAMMA Stephen King

DEAD RUN Greg Bear

BUTTON, BUTTON. Richard Matheson

NEED TO KNOW. Sidney Sheldon

SHADOW PLAY. Charles Beaumont

THE LAST DEFENDER OF CAMELOT. Roger Zelazny

OUR SELENA IS DYING. Rod Serling

CRAZY AS A SOUP SANDWICH. Harlan Ellison

A pesar de este traspie, muchas de las preguntas formuladas y nunca contestadas por Serling parecen adquirir nuevo interés en el público actual; lamentablemente la mayoría de las veces en fórmulas meramente comer-

ciales orientadas a un público juvenil o a grupos interesados en una temática particular: contactos con ovnis, extraterrestres, demoniología, vampiros, etc.

Esto puede notarse en canales como Infinito, TV Quality, Discovery Channel y Plus Satelital, donde el televidente interesado verá satisfecha su curiosidad (o parte de ella) sobre temas como una cultura desaparecida que, en el siglo IX de nuestra era, construyó canales de riego en el desierto de Nueva México; la confirmación de diversas predicciones de Nostradamus; la evocación de milagros; el poder benefactor del Reiki y otras prácticas orientales... la nómina temática es extensa pero desnuda la sospecha de que, más allá de la realidad, hay algo desconocido que merece ser desvelado... y, porque no, tal vez este en la Dimensión Desconocida; si es así, suerte, va a necesitarla.

Ivan de la Torre. 23 años. Soltero y disponible. Casi Analista Programador. Casi guionista. Casi escritor. No ser humano existente. Paranoico latente. Vicios: muchos y secretos. Virtudes: poca y escondidas.



NECESITA DE TU AYUDA

Hacer una revista de aficionados es un tarea complicada. Eso, a muchos de vosotros que a buen seguro os habéis liado la manta al hombro alguna vez, no os sonará a nuevo. Por eso esta página va dedicada a aquellos que nunca se han involucrado en la realización de un Fanzine.

Para que estas páginas puedan llegar a vuestras manos el proceso se inicia con la selección de los textos que vosotros nos remitáis. Después, una vez sugeridas las correcciones, remitidas a vosotros, recibidas las contestaciones, sugeridas de nuevo (aaggg...) y vueltas a recibir... pues un servidor se sienta delante del ordenador y comienza la tarea de unir todos vuestros relatos, todas vuestras ideas y sugerencias en un... como os diría... en un "algo" que intenta ser homogéneo y dar una buena imagen.

El trabajo, gustosamente, lo asumimos.

Maquetar la presentación, corregir los textos de los que a buen seguro se escapará algún gazapo, tirar una y mil hojas de prueba hasta poder por fin decir, orgullosos: ya está lista.

Convertirla a un formato electrónico, colgarla de Internet y ponerla a vuestra disposición **SIN QUE SE**

TENGA QUE PAGAR NI UNA PESETA POR ELLO.

Y no es que seamos ángeles benefactores. Pero creemos que es una idea maja que puede prosperar, y para ello os escribo este artículo, para deciros en qué podéis ayudarnos. Y es muy sencillo:

NECESITAMOS DE VUESTROS TRABAJOS

Vuestro relatos, vuestros comentarios, las críticas de aquellos libros o películas de Ciencia Ficción o Fantasía que hayáis visto / leído. Todo ello tiene un valor incalculable para nosotros ya que es de ese material del que nos alimentamos. Si vosotros, que nos leéis ahora, nos proporcionáis el material necesario, nosotros asumiremos con gusto la tarea de convertir todo vuestro trabajo en un fanzine del que podamos sentirnos orgullosos.

¿ Nos ayudareis ?

Juan Carlos Valero y Sebastián Font

Una luz en la oscuridad

Reflexiones sobre “El mundo y sus demonios” de Carl Sagan

Por José Antonio Suárez

Comentario del autor

Imágenes archivo PULSAR

Un tercio de la población no se cree que la Tierra sea redonda. ¿Acaso viven en Mundodisco? Desgraciadamente, no. En “El Mundo y sus demonios”, Carl Sagan nos da las claves para entender esta lamentable situación.

“También sabemos qué cruel es a menudo la verdad.

Y nos preguntamos si el engaño no es más consolador”

Henri Poincaré

Esta cita, extraída del libro de Sagan publicado por editorial Planeta, resume en muchos aspectos la tesis que el autor sostiene a lo largo de casi quinientas páginas. Tenemos necesidad de creer, de obtener respuestas a los enigmas que nos rodean, que nos expliquen nuestra presencia en el mundo, por qué existimos, adónde vamos. Desde los albores de la civilización, las religiones han tratado de satisfacer estos interrogantes, pero el avance de la ciencia, el aumento de nuestros conocimientos acerca del universo, ha ido restringiendo paulatinamente el dominio de la religión. La razón es el único método válido para comprender el mundo, mientras que la fe, las creencias no sustentadas por datos objetivamente contrastables, no ofrecen más que soluciones aparentes que quizá sirvan para auto engañarnos, pero que realmente tienen poco sustento.

Es preocupante el avance de un gran número de pseudociencias que pretenden, sin el menor rigor científico, tener respuestas para todo. Sagan se pregunta si nos estamos precipitando hacia una nueva edad oscura, hacia un tiempo en el que, conviviendo con ordenadores y satélites artificiales, la superstición y la leyenda ganan terreno en las aulas, en los medios de comunicación o los gobiernos, en detrimento del pensamiento escéptico, del juicio crítico que nos permitió abandonar la edad de piedra y construir una civilización.

Puede que esa edad oscura ya haya llegado. El creacionismo, las ciencias ocultas, los ovnis o el integrismo no son sino distintas manifestaciones de la irracionalidad

humana frente al mundo que nos rodea. Que hayamos llegado a esta situación lo achaca el autor a la pérdida de interés por la ciencia. En una encuesta realizada en su país, el 50% de los adultos desconocía que la Tierra girase alrededor del sol y que tardara un año en hacerlo; el 63% ignoraba que los dinosaurios se extinguieron antes de la aparición del hombre, y el 75% no sabía que los antibióticos sólo matan a las bacterias y no a los virus. Para quienes piensen que eso sólo sucede en América, les recordaré que en una encuesta dada a conocer durante la XXVII bienal de la Real sociedad española de física, el 35% de los españoles no se cree que la Tierra sea redonda. Existe una alta tasa de analfabetismo científico, desgraciadamente en aumento, que desemboca en actitudes irracionales al ser incapaces culturalmente de comprender el mundo con un pensamiento coherente con nuestros conocimientos. Algunas religiones, con su postura dogmática, no ayudan precisamente a la aceptación de la ciencia entre los ciudadanos. Un ejemplo estremecedor citado por Sagan es el edicto que el jeque Abdel-Aziz Ibn Baaz, máxima autoridad religiosa de Arabia Saudí, que promulgó en 1993: la Tierra es plana. Sí, han leído bien, y no debe imaginar mucho las consecuencias de aquél que discrepe de la doctrina oficial. O por poner otro ejemplo, la reacción de algunos rabinos ortodoxos cuando se estrenó Parque Jurásico en Israel. Puesto que el universo tiene menos de seis mil años de antigüedad según sus creencias, proclamar que los dinosaurios vivieron hace cien millones de años era una gran infamia. Doctrina que igualmente comparten los creacionistas en los Estados Unidos, y que difunden en los colegios anatemiizando a Darwin y negando la evolución.

Si la ciencia no es potenciada desde las escuelas y no se estimula a los alumnos en su curiosidad, obtendremos exactamente lo que tenemos: mentes acriativas, incapaces de responder por qué el cielo es azul o la Tierra redonda (bueno, ahora parece que tiene forma de patata), o lo que es peor, de preguntárselo siquiera; pero muy dispuestas a creer en canalizadores, amuletos, cristales, horóscopos o posos de té. Se ha abonado el campo para el crecimiento de las pseudociencias y el irracionalismo. Podemos haber llegado a la Luna, pero espiritualmente no hemos progresado demasiado desde la edad Media.

En una encuentro que Sagan mantuvo con el Dalai



Lama, y que muestra como ejemplo de tolerancia, el autor le pregunta cómo reaccionaría si la ciencia refutase uno de sus dogmas de fe. El Dalai Lama le contesta que el budismo tibetano tendría que cambiar. ¿Aunque fuese un dogma central como la reencarnación? Aún en ese caso -y el Lama añade con un guiño-: De todos modos le será difícil refutar la reencarnación.

Los antiguos jónicos fueron los primeros que afirmaron hace 2.500 años que no son los dioses, sino las leyes de la naturaleza quienes gobiernan el mundo. Hoy pocos se acuerdan de los jónicos y en los cursos de filosofía apenas se les dedica una atención tangencial. Los que rechazan a los dioses tienden a ser olvidados. No nos gusta recordar a los escépticos ni a sus ideas. Las doctrinas que son indiferentes al avance de la ciencia, en cambio, no tienen de qué preocuparse. Sus dogmas no pueden ser demostrados y hay que creer en ellos.

Casi siempre se plantea el tema de los platillos volantes en términos de creencias, pero es un planteamiento erróneo. No se trata de creer, sino de si realmente hay o no pruebas de que existen. Sagan dedica extensas páginas de su libro para dismantelar los argumentos y presuntas pruebas que afirman que nos están visitando. Es fácil de entender el auge de la serie Expediente X entre el público, que presenta como ciertos hechos inveraces, pero que cautivan nuestro lado irracional. Podría ser una buena serie de fantasía si así fuera presentada desde el principio, pero entonces ya no tendría tanto éxito. La clave es afirmar que todo lo que ahí se expone está ocurriendo realmente, y que una conspiración gubernamental nos impide acceder a la “verdad”. Dudoso es que los gobiernos del planeta, incapaces de ponerse de acuerdo en cuestiones más básicas para nuestra supervivencia como la deforestación o el vertido de gases contaminantes, pudieran guardar durante décadas el secreto de que los ovnis nos visitan y que millones de personas son abducidas al año. Abducciones que, por cierto, se realizan frecuentemente en el dormitorio, a manos de extraterrestres que atraviesan las paredes y raptan a los durmientes sin que el otro cónyuge se entere de nada.

Los fraudes están al cabo de la calle, es cierto que resultan muy rentables para quien los realizan, pero nosotros tenemos la capacidad de pensar y debemos ejercitarla. El autor expone una serie de casos bien documentados de los que destaco, por su cercanía en el tiempo y difusión en nuestro país, el de la autopsia del extraterrestre que un canal privado emitió no hace mucho. Luego se demostró que todo había sido un montaje, pero para entonces ya

había rendido sus buenos frutos a la cadena. Hubo, sin embargo, un fraude mucho más elaborado e imaginativo que Sagan no menciona, y que yo recuerdo perfectamente, a principios de los años 80. Se llamaba Alternativa 3, y fue emitido en el programa que por entonces tenía Jiménez del Oso en televisión española. Era un cóctel de mentiras y medias verdades muy ingenioso, elaborado por los responsables de una prestigiosa serie inglesa, que exponía el efecto invernadero y sus repercusiones desastrosas sobre la vida en nuestro planeta, para mostrar a continuación un plan urdido por los gobiernos ruso y americano, destinado a evacuar a la clase dirigente al planeta rojo el día que

la Tierra fuese inhabitable. Bueno, reconozco que fue una idea que me cautivó, era el tipo de planes que nuestros políticos llevarían a cabo si pudieran, preparar un refugio para salvarse por si las cosas se ponían feas y tenían que salir huyendo, dejándonos a los demás cociéndonos a fuego lento en la superpolucionada atmósfera del futuro. Se apabullaba al espectador con toneladas de pruebas de que en la cara oculta de la Luna se había construido una base secreta que enviaba naves espaciales a Marte, el cual tenía una pequeña colonia, atmósfera y algún tipo de vida primitiva; y para convencernos se ofrecía una vista aérea del paisaje marciano con una atmósfera densa y una especie de gusano reptando bajo la arena. La sonda Viking y las fotografías difundidas por la prensa eran un montaje, decían (mucha gente piensa lo mismo hoy día de la llegada del hombre

a la Luna, pero si vamos a eso, un tercio de la población tampoco se cree que la Tierra sea redonda) . Se trataba de una campaña orquestada por el gobierno para convencer a sus ciudadanos de que Marte era un lugar inhóspito, un desierto más árido que el peor de la Tierra, cuando en realidad se había iniciado un ambicioso programa de terraformación marciana para derretir sus casquetes y adaptarlo a las necesidades humanas. El reportaje se acompañaba de entrevistas a supuestos astronautas, alusiones a científicos que trabajaban en el proyecto y que al intentar desvelarlo desaparecieron misteriosamente, todo ello aderezado con una cantidad abrumadora de cifras y detalles. Fue desconcertante, ¿cómo era posible que algo de aquella envergadura pudiera estar fraguándose a espaldas de la gente?

El programa se emitió en la televisión británica el día de los inocentes (pero no aquí, que fue en un día normal), y se convirtió en un bromazo colosal sólo igualado en calidad, salvando las distancias, por la emisión radiofónica de La guerra de los mundos. Sin embargo, en la televisión española, ésa que pagamos con nuestros impuestos, se presentó como si fuera cierto.



Un par de años después, en una conferencia a la que asistí sobre Marte, alguien del público sacó el tema de Alternativa 3. El orador (que se pavoneaba de tener datos secretos de que los americanos habían acelerado un láser 9 veces la velocidad de la luz y se lo habían comunicado a él) nos explicó que había sido una farsa. No recuerdo que nadie en televisión tuviera la decencia de dar una explicación al público cuando supieron que nos habían tomado el pelo. Tampoco el canal privado que televisó la supuesta autopsia al extraterrestre se esforzó mucho en desmentirla después, una vez supo que era un fraude -lo hizo, pero con la boca pequeña y sin la publicidad que sí se había apresurado a dar previamente a la emisión de la autopsia del muñeco de goma

Esto no quiere decir que la ciencia tenga soluciones para todo y no nos quede más que aprender. No estamos en posesión de la verdad absoluta y tenemos todavía muchos interrogantes que carecen de explicación en el siglo XX, pero sólo el método científico, la experimentación, la prueba y el error objetivamente contrastables por cualquier observador, pueden satisfacer nuestra necesidad de saber.

La realidad debe ser nuestra obsesión si no queremos que nuestros sentimientos nos traicionen. Si estamos sometidos a un engaño demasiado tiempo, se tiende a rechazar cualquier prueba de que es un engaño. Mucha gente se niega a aceptar las respuestas de la ciencia porque

acotan excesivamente nuestro mundo, despojándolo de todos los aspectos mágicos que nos gustan y en los que deseamos creer. La ciencia nos ha descubierto que somos seres contingentes causados por el azar, falibles, imperfectos. En definitiva, somos seres humanos. Y aceptar nuestra condición puede resultar doloroso.

Soy autor de la trilogía de Meldivén, encuadrada en el género de la space opera, cuya primer novela, "Rebelión en Telura", será publicada este otoño por Edebé. Nuxlum (colección Espiral nº 20, actualmente agotado) verá una nueva edición en enero del año que viene en la colección de ciencia ficción "Tau" de la editorial Equipo Sirius. El libro se titulará "El despertar de Nuxlum" e incluirá dos novelas, la segunda de ellas inédita.

Encontraréis más información en:

<http://www.arrakis.es/~lerad>

Premio Internacional de Literatura Independiente (PILI)

La editorial Opera Prima lanza la segunda convocatoria del Premio Internacional de Literatura Independiente en español (PILI), con el objeto de premiar la labor editorial independiente, establecer vínculos de colaboración, promocionar en España a autores hispanohablantes y servir así de puente entre los continentes americano y europeo.

Bases

1º. Podrán presentarse novelas escritas en español, publicadas por primera vez en el 2000 por editoriales independientes del continente americano.

2º. Se presentarán cinco ejemplares, acompañados de los datos de la editorial y el autor participantes. El presentador de la obra debe garantizar por escrito que está facultado para ceder en exclusiva los derechos de edición y comunicación pública en España y que la obra está libre de compromiso con otras editoriales españolas hasta el día del fallo.

3º. Las obras se enviarán a la editorial Opera Prima, cuya dirección figura en estas bases, indicando en el sobre II Premio Internacional de Literatura Independiente (PILI). Las obras enviadas no serán devueltas a las editoriales participantes.

4º. El plazo de admisión finaliza el 30 de octubre de 2001 y el premio se fallará en febrero del 2002.

5º. El jurado estará compuesto por representantes de la literatura española y latinoamericana junto con la editorial Opera Prima.

6º. El premio consiste en la edición y promoción en España de la obra ganadora por la editorial Opera Prima, con una tirada mínima de 3.000 ejemplares; 1.500 euros (250.000 pesetas) para la editorial premiada y 1.500 euros (250.000 pesetas) para el autor/a de la obra en concepto de adelanto de derechos.

7º. La cesión de derechos de la obra ganadora será en exclusiva para la editorial Opera Prima, dentro del territorio español, por un plazo de siete años desde el fallo del jurado y se formalizará en un contrato.

8º. El hecho de participar en este premio supone la aceptación de las presentes bases.

9º. Este premio podrá ser declarado desierto.

Editorial Opera Prima. Plaza de Santa Catalina de los Donados, 3-3º

Madrid-28013 (España) Tf. 91-5597450

C.e.: operaprima@terra

Comunicado por Graciela Inés Lorenzo

El sobre negro

Por Francisco Ruiz Fernandez
Comentario del autor

Estos tres relatos fueron creados para un concurso cuyo argumento era 'construir ultracortos cuyo título sea El sobre negro'. A partir de eso cree como ocho sobres negros, cada cual mas demencial. Estos son los que, a mi gusto, tienen menor calidad. Y mas variedad.

Miro al cielo encapotado. Un sudario de gris desesperación. La luz muere antes de atravesar el velo de nubes.

Igual que mi luz, que se extingue por siempre, por el resto de la eternidad.

En mis manos reposa, liviano y funesto, ominoso. Su significado oprime mis entrañas. Su peso es mayor que el de todos mis días de existencia. Muchas han sido las noches de despertar, mi cuerpo anegado con amargas lágrimas de fatalidad, temiendo este momento.

El contrato que un día lejano firme regresa a mí envuelto en luto.

El fin ha llegado.

Mi fin.

Mi tiempo. Mi luz. Todo se desvanece rápidamente. Todo se funde en negro. Por siempre.

Con las últimas fuerzas de esta carcasa mía, me tumbo en el lecho. Un cansancio, más intenso que el cuerpo físico, más profundo que las aguas del espíritu, lentamente acaba conmigo.

La oscuridad anega mi habitación a través del ventanal. Parece que la misma sustancia del sobre moldea todo le que me rodea. Las tinieblas se condensan en una forma. Sé quien es: el remitente de la carta, aquel que ha escrito con su esencia mi dirección en este sobre negro. Aquel que me brindó la inmortalidad milénios atrás. El poseedor de mi alma que viene en búsqueda de lo que es suyo.

Yo aun no me he cansado de vivir. Ansío volver a contemplar la luz del día.

Pero ante esa tiniebla nada puedo hacer ya... Sus manos toman mi alma. La oscuridad se abre en un abismo.

Y soy uno en su luz.

Hoy he encontrado un sobre negro entre el correo, dirigido a mí. El nombre está escrito con rotulador blanco; la caligrafía es delicada, preciosa. No tiene remitente, pero reconozco la letra: es de mi madre.

La carta es breve y extraña. Tras leerla me quedo helada: no tiene ningún sentido, no puede ser... Tiene que

ser una broma. Cruel, muy cruel.

Mi madre llevaba enclaustrada dos años en su piso, por deseo propio. Sufría una necrosis terminal, provocada por el tabaco y agravada por una predisposición genética. Murió sin brazos ni piernas, amputados en un horrendo intento de alargar su no vida. Tras la autopsia nos dijeron que en el momento de su muerte no era nada más que un saco de gangrena: todas las vísceras estaban reblandecidas y purulentas, a punto de deshacerse. Como aquella boca suya, atorada por esa lengua hinchada y negruzca.

Los médicos aun se preguntan como pudo aguantar las últimas semanas.

Mi madre murió hace hoy siete días. Esa misma fecha marca el matasellos.

Una broma, brutal, cruel, salvaje... únicamente puede ser eso.

Un sonido me arrebató de mis lúgubres pensamientos: el timbre de la puerta. Con temor irracional me acerco al recibidor. Algo tira de mí, pidiéndome desesperadamente que no abra. Pero tiro de la manilla. No hay nadie al otro lado. 'Todo debió ser fruto de mi imaginación', pienso para tranquilizarme.

Entonces, como surgida de la nada, una brisa hedionda golpea mi cara. Todo se vuelve negro. Un susurro a mis espaldas: 'Marta, estás preciosa, y eso me alegra: gracias por tu regalo'. Es la voz de mi madre.

Recuerdo las escasas palabras escritas en la carta: 'Querida hija, espero que goces siempre de perfecta salud, no como yo. Esta tarde me voy a pasar a visitarte. Te tengo preparada una sorpresa. Y gracias por tu regalo.'

Gracias por tu regalo.

No puedo hablar. Menos aun chillar. Ni patalear. Ni moverme. No tengo con qué hacerlo. Siento horriblemente tersa la piel de mis muñones. Y el olor a putrefacción es tan embriagador...

El día era gris y anodino. Llovía con gran intensidad. Yo estaba de regreso del trabajo. De manera repentina, un individuo surgió de la nada corriendo y me depositó, sin detenerse siquiera, algo en la mano. Me quede allí, completamente desconcertado bajo

la lluvia, sin saber qué hacer ni qué decir.

Era un sobre, negro. Lo estudié mientras mi mente navegada en un mar de dudas. Un extraño sello estaba grabado en lacre sangriento.

Iba a tirar el sobre a una papelera, asqueado, cuando me sorprendió el ver mi nombre escrito con una caligrafía estilizada, anticuada, en el remitente. Tinta blanco sobre papel negro. Parecía increíble, pero así era. Anonadado, le di la vuelta, curioso por saber a quien iba dirigida 'mi' carta negra. Un nombre, unos apellidos. Nada más: ni dirección, ni ciudad, ni país...

Alcé la mirada hacia el hombre que me había entregado el sobre, pero ya doblaba la esquina. Sin embargo, de manera fugaz, pude apreciar sus ropas sucias y harapientas: un vagabundo. Corría descalzo. Juraría que estaba gritando algo al cielo pero la densa manta de agua, compinchada con la distancia, apagaba su voz.

Y en esto que el sobre había cambiado. Él solo. Mi nombre había viajado al lugar del destinatario. Un nuevo nombre aparecía escrito como remitente con esa misma

extraña y arcaica letra. Una persona que he de encontrar, como sea.

Yo sigo corriendo, con mi cordura abandonada miles de kilómetros atrás. Algún día el nombre del remitente se fundirá con una cara y por fin podré descansar. O maldecir. O morir. O...

No he abierto el sobre: el lacre únicamente podrá ser quebrado por el último, sea quien sea.

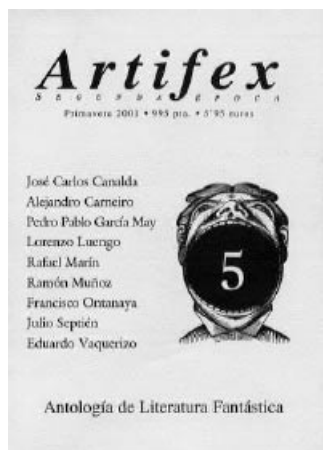
Al fin y al cabo él fue quien empezó esta locura.

El autor nos ha solicitado como única presentación suya que incluyéramos este símbolo:



Hemos recibido...

Redacción fanzine PULSAR



Os comentamos hoy tres publicaciones que han llegado a nuestras manos.

ARTIFEX - Segunda época -, la primera, es casi un **prozine**, un fanzine profesional. Lo editan Luis G. Prado y Julián Díez. Un acabado impecable hace de marco de un grupo de relatos entre los cuales destaca fulgurantemente **La piel que te hice en el aire**, de **Rafael Marín**. Una maravilla de relato que no dejaré de recomendaros. Es de destacar asimismo los relatos de **Jose Carlos Canalda** y de **Eduardo Vaquerizo**. Una excelente publicación que os recomiendo. Su precio es de 995 ptas y se encuentra en establecimientos profesionales, en el FNAC de Madrid y contactando con artifex@aeefcf.es.

NITECUENTO, número 12, es un brillante fanzine. No solo por la portada de papel blanco deslumbrante, sino por un contenido de literatura general bien seleccionado. Lo editan Susana García y Josep Ruiz Hierro y podeis contactar con ellos en el Apartado de Correos 38072 08080 Barcelona, o mediante email a nitecuento@teleline.es.

PORTICO, el boletín de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia-Ficción llega a nuestras manos puntualmente con sus 27 páginas dedicadas a los premios Ignotus 2001, cambios en el Staff de la AEFCF y noticias relacionadas con ella. Este boletín es solo para socios de la agrupación, que puede contactarse en su página web <http://www.aefcf.es> o mediante correo electrónico a portico@aeefcf.es.



Normas de Publicación

Podéis visitar en Internet la página web del Fanzine:

[Http://juancarlos.keynockers.com](http://juancarlos.keynockers.com)

Es en esta página donde reside propiamente la revista. Podéis descargarla de aquí en cualquier momento del día o de la noche, estéis donde estéis del mundo. Asimismo, a fin de que se pueda colaborar y coordinar mejor a los colaboradores, hemos preparado unas listas de correo electrónico que creemos nos serán muy útiles a todos. Estas son:

Pulsar-colaboradores: Es una lista de correo electrónico para aquellos que colaboráis con nosotros en el día a día del Fanzine. Aquí puede criticarse, sugerirse o simplemente comentar temas de común interés. Es una lista restringida a colaboradores. Para solicitar el ingreso, enviar un mensaje en blanco a la dirección de email:

pulsar_colaboradores-subscribe@yahoogroups.com

y esperar el mensaje de confirmación.

Pulsar-relatos: Se trata de una lista de correo pensada para que podáis enviar vuestros relatos, críticas de libros y/o películas, o cualquier trabajo que tengáis realizado y creáis que es interesante. No es necesario apuntarse. Basta con enviar un mensaje con vuestro trabajo (ver la sección de Normas de publicación) junto con una explicación y una pequeña descripción del trabajo junto con vuestros datos personales. La dirección de correo electrónico es:

pulsar-relatos@yahoogroups.com

Pulsar: Esta última dirección de correo electrónico es la que os permitirá enviar un mensaje directamente a los editores (es decir, a nosotros). Si el tema es solucionable a través de las otras listas, os agradeceremos que lo canalicéis por allí debido al escaso tiempo del que disponemos.

pulsar-editores@yahoogroups.com



PULSAR acepta relatos, críticas, dibujos y colaboraciones originales de Ciencia-Ficción y Fantasía en todas sus vertientes. La aceptación corresponde al Consejo Editorial quien valorará críticamente los trabajos y podrá, en su caso, rehusarlos o hacer a los autores aquellas observaciones que crea oportunas sin que ello suponga solidarizarse con las opiniones emitidas.

Se admiten originales únicamente en español que se enviarán ,mediante fichero adjunto , y por correo electrónico a la dirección:

pulsar-relatos@yahoogroups.com

Los originales deberán presentarse escritos preferentemente en ASCII, TXT, RTF, Word o HTML , y las imágenes en formato TIFF, JPEG, PNG o GIF. Los gráficos deberán de ir numerados si precisan de orden.

Junto con el original remitido debe de adjuntarse una breve presentación del relato (ver como muestra los publicados en este número) de dos o tres líneas de extensión, así como una breve presentación del autor que puede, si se desea, incluir una foto.

Kavir Pavia

Juan y el Diablo

Por Victor Conde
Comentario del autor

Dicen que más sabe el Diablo por viejo que por Diablo, pero... hasta los más sabihondos meten la pata cuando les toca.

—No sé por qué te he llamado. Es algo que parece absurdo, después de todo.

—¿Acaso quieres que me vaya? —preguntó el Diablo, entristecido—. Porque si es así...

—¡No, no! Es que tengo mis dudas, nada más.

—Los debutantes en esto de la compraventa de almas suelen atravesar un periodo de inseguridad en sus primeros tratos. Pero se supera pronto, créeme.

—¿Hay más tratos después del primero? —se extrañó Juan. El Diablo sonrió juguetón:

—No.

—Bueno. Pasemos a los términos del contrato, si te parece.

—Vale. Hay tres tipos de ofertas. La primera...

—¿Hay ofertas en la venta de almas?

—¡Por supuesto! ¿Acaso crees que es fácil mantener este tipo de negocio sin una base publicitaria?

—Oh.

—¿Puedo continuar? Bien. Tenemos en primer lugar el paquete básico: intercambio de reciprocidad simple sin extras. Tú me das tu alma y yo te concedo un deseo.

—¿Cualquier deseo? —preguntó Juan, afilando los ojos. El Diablo se rascó un cuerno.

—No, guapo. Ya me conozco las malinterpretaciones de los tipos como tú. Todo el que desea vender su alma tiene algún truco en la manga para intentar reventar el trato, no creas que me acabo de caer del guindo. Los de tu especie se creen muy listos.

—¿Y ninguno ha logrado engañarte?

—Je. No se puede engañar al Padre de las Mentiras. Punto. Es una verdad axiomática, así que quítatelo de la cabeza. Los tratos incluidos en los paquetes, tanto en el básico como en los avanzados, incluyen a su vez una serie de cláusulas: no valen usurpaciones fraudulentas de la divinidad.

—¿Qué?

—Cosas como: “Ahora yo quiero ser el Diablo”, o “Deseo que amanezca el día del Juicio Final, para que Dios te quite de en medio”. Eso está prohibido, así como pedir más deseos, tirarse años para especificar las condiciones del contrato en un libro de mil páginas, etc. Si quieres algo, lo pides y ya está.

—Entendido. Háblame entonces de los otros paquetes.

—Los especiales parten de la misma base, pero incluyen una serie de ofertas a posteriori. En el primero (y confieso que es el que a mí más me gusta, y siempre lo recomiendo), tú te comprometes a sufrir una serie de tormentos extra en tramos intermitentes de Eternidad. A cambio tienes derecho a un seguro válido por cinco años más de vida, ángel de la Guarda incluido, para que disfrutes durante más tiempo de la vidorra que se derivará de tu deseo. Esto no es conmutable por tiempo de castigo eterno, ojo.

—No sabía que en el Infierno los castigos estuviesen programados.

—Imagínate por un momento —explicó el Diablo, armándose de paciencia—, que eres el gestor de un campo de concentración inmensamente lleno de turistas, ¿vale? Tienes que darles a todos su ración de tortura diaria y careces de personal. Los demonios se matan a trabajar para cumplir una cuota mínima de latigazos al día y a cambio exigen mejoras salariales. No es fácil manejar todo ese cotarro. Los especialistas en torturas creativas son pocos y cobran por su tiempo.

—Ah... —murmuró Juan, comprendiendo—. Perdona, prosigue.

—El segundo y tercer paquete son parecidos. Tienes derecho a cinco años más de vida, toda la parte sexual común a los deseos se cuida especialmente, atendiendo a las perversiones particulares de cada cual, y te damos la dirección del Club de Condenados en la sucursal de tu país, para que puedas conocer a más clientes.

—¿Hay hasta un club para gente como yo!

—Sí, y es una juerga, porque los deseos se comparten y disfrutan en compañía.

—¿Tiene que ser fantástico!

—Créeme, he visto tíos que se ponen de acuerdo a la hora de pedir sus deseos para que puedan complementarse y disfrutarlos en conjunto. Es alucinante. De ahí sí que se derivan juergas infernales, y no las que hay en mi Palacio.

—Pero a cambio pedirás más...

—Nos ha jodido. ¡Pues claro! Después te comprometes a pagarte la Eternidad trabajando para mí.

—¿Como un demonio? —a Juan se le iluminaron los ojos.

—Súcubo inferior preternatural no sindicalizado, es el término técnico. No sufres sino los castigos mínimos, y debes impartirlos a los otros condenados. El problema es que todos los demonios están castrados. A los condenados normales se les deja que copulen de vez en cuando, en pro de su salud mental (no quiero que el local se me convierta en un manicomio). Pero si te acoges a estas condiciones, te estás comprometiendo a no comerte una rosca en miles de años.

—Ufff... —Juan se erizó, pensando en las consecuencias. Atusándose el bigote, dejó que pasasen unos minutos antes de proseguir. El Diablo aprovechó el tiempo para ir preparando las gasas y la mercromina para la firma.

—¿Te has decidido ya?

—Es complicado. Por un lado, me atrae lo de convertirme en demonio y no sufrir a fondo la Eternidad. Pero el tema de la castración...

—Es duro, sí. Ni siquiera podrás matarte a pajas, ya que no tendrás genitales ni centros de placer a los que recurrir.

—Vaya —Juan rió sin ganas, recostándose en la silla. El Diablo torció el gesto.

—¿Qué es tan gracioso?

—Un amigo —recordó—, me dijo una vez que los tratos contigo jamás son realmente equitativos. No son justos.

—¿Y eso por qué?

—Porque sea lo que sea lo que tú estás dispuesto a conceder, siempre será infinitamente inferior a lo que pidas a cambio, o el trato no sería ventajoso.

—Tu amigo sí que piensa —sonrió el demonio, agitando la cola como un perro alegre.

—Bueno, he aquí lo que vamos a hacer —concluyó Juan, humedeciendo sus labios—: Me interesa el paquete básico, nada de extras raros ni eternidades castas. Si hubiera querido algo así me hubiera ganado el Cielo.

—Continúa, por favor. —El Diablo lo apuntaba todo con avidez en el contrato. Usaba una pluma Stylus.

—Hubo una época, la mejor de mi vida, que me gustaría revivir. Desde que tenía treinta y dos años hasta ahora, cuando conocí a mi esposa y disfruté a su lado tantos momentos felices...

—Me vas a hacer llorar —dijo su contertulio. Juan prosiguió:

—Esa fue la época en que tuvimos a nuestro hijo, compramos la casa, yo escribí mis memorias... Lo mejor que me ha pasado en la vida creo que cabría en esos diez años. Si fuera posible, me gustaría revivirlos, desde el momento en que conocí a Eva hasta que se cumpla la década siguiente.

—Bueno, los viajes en el tiempo no suelen estar a la orden del día, pero...

—No te lo tomes como un viaje en el tiempo, entonces. Tu poder es infinito, ¿no?

—Pues claro —el Diablo alzó el mentón, ofendido. Juan sonrió.

—Crea una especie de realidad alternativa, entonces. O un mundo de sueños donde yo disfrute de mi deseo, me da igual. El hecho es que reviva esos diez años de nuevo, paso a paso, gesto a gesto, ocurrencia a ocurrencia. Todo exac-

tamente igual. Y no quiero recordar nada de lo que pasó, para no esperar cosas por anticipado. Quiero que sea como si lo viviera todo por primera vez. Y el entorno se debe comportar igual. ¿Lo has entendido?

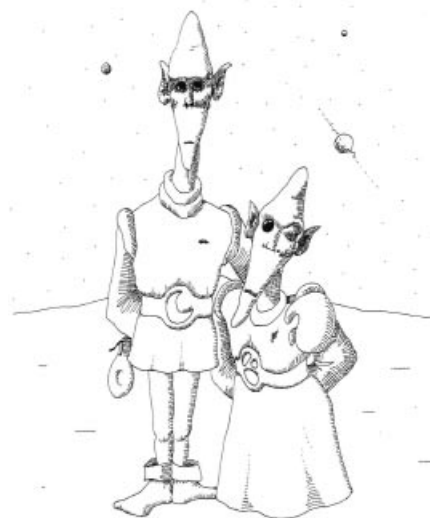
—Perfectamente. Ahora, firma aquí.

—Dame el papel —susurró Juan, comprobando que las fechas eran exactas. Sonriendo, se cortó un dedo con un cuchillo higienizado para la ocasión, y rubricó sus iniciales en hemoglobina. El papel la absorbió como una esponja, confiriendo validez legal al contrato. El Diablo se retiró dejando al hombre a solas, preparándose para despertar al día siguiente diez años más joven y guapo. Tan guapo que cuando se encontrase con Eva en la estación de tren, ella no tendría más remedio que caer rendida a sus pies.

Pero Juan sonreía por algo más. En cuanto el Diablo se hubo marchado, miró el reloj, encendió la televisión, y constató con absoluta felicidad que la última campanada que cerraría el fin de la década acababa de sonar en el reloj de la plaza hacía escasos segundos.

Simmons y Ballard, Clarke y Bear, Baker y Gaiman... A muchos les tocó la pluma de la genialidad cuando nacieron y han dejado huella. Nosotros, el resto, pobres garbanceros finiseculares de esos mundos de Dios, nos vamos haciendo un huequito muy poquito a poquito, entre estudios de informática, programación, muchos años de trabajo cuasiprofesional en el mundo del cine canario y algunos vicios mas, incluyendo mujeres y...

ELLOS TAMBIEN LEEN PULSAR...



PULSAR

[HTTP://juancarlos.keynockers.com](http://juancarlos.keynockers.com)

Cojelo aquí... leelo donde quieras

No era exactamente igual

Por Eduardo Vaquerizo
Comentario de Juan Carlos Valero

No era exactamente igual, no... ni este es igual al relato de Eduardo del número anterior, ni creo que os deje indiferentes. No por nada Eduardo Vaquerizo es una de las más destacadas plumas del mundo de la Ciencia-Ficción en España. Y es que entre él y otros... no es exactamente igual...

No era exactamente igual, no. El sudor le resbalaba por la frente, corría por su pecho empapando el uniforme y convertía el mango de metagoma del fusil magnético en algo empapado y desagradable. El calor era asfixiante dentro del túnel de servicio B4. Afuera era crudo invierno pero el calor de las explosiones, los disparos de plasma y los micromisiles, habían calentado la atmósfera hasta niveles imposibles. No era lo mismo, no. De algún modo añoraba la pantalla plana del ordenador, los brillantes colores, los efectos de audio y 3D, inofensivos, intoxicantes.

Algo, un minúsculo arrastrar de uñas sobre el cemento, le puso en movimiento. Saltó desde detrás de la esquina rodando por el suelo y disparando casi sin mirar. El zumbido de los condensadores descargando su carga de megafaradios, se confundió con el agudo silbido de los proyectiles acelerados magnéticamente a mach cinco. Las explosiones desgajaban el cemento con la fuerza de un taladro de diez toneladas. Apenas vio si había acertado antes de protegerse tras la siguiente esquina, solo atisbó una confusión de miembros verdosos moviéndose hacia él, esquivando, disparando salvas de saliva corrosiva a través de unas horribles fauces en las que era mejor no pensar demasiado. Reculando se encajó en un hueco tallado en el cemento del túnel. Si el bicho había sobrevivido volvería la esquina en cualquier momento y tendría que rematarle antes que una de sus rapidísimas zarpas le destripase. Respiraba como si todo el aire del mundo no fuese suficiente, pero el pulso no le temblaba. Al fin y al cabo era un soldado de las FIDA y miles de test psicológicos, y físicos habían asegurado que fuese la fuerza de destrucción que la humanidad necesitaba para protegerse contra los invasores.

El bicho estaba herido, aún así se movía con una velocidad que apenas le dejó una fracción de segundo para dispararle a bocajarro y atravesarle el pecho. Desmoronán-

dose pero movido aún por la inercia le cayó encima con su peso de doscientos kilos. Con asco y urgencia se quitó de encima la carroña mientras la piel le picaba debido a la sangre y salivas tóxicas.

Se alejó apoyándose en la pared de cemento. Le temblaban las manos y las rodillas apenas le sostenían. Efectos del reflujo de adrenalina. No era probable que hubiese otros en las cercanías, nunca había mas de tres por sector. Se sentó en el suelo, lejos del cadáver, mientras se abría una lata de refresco de su mochila. No tenía fuerzas para volver a apretar el gatillo.

Por un momento imaginó la cantidad de camino que le quedaba por delante hasta llegar al corazón de la nave alienígena y poner en marcha el mecanismo de autodestrucción. Una vez más le llamó la atención lo parecido que era aquello a los *shotem' all* que jugaba no mucho tiempo atrás. No era el primero ni el último que pensaba algo así desde que las naves comenzaron a aterrizar cerca de las grandes ciudades. También recordaba como todos los intentos del ejército convencional por acabar con las naves habían sido infructuosos. Ningún tipo de radiación, explosivo o proyectil había dañado las rugosas superficies de las naves. Ningún batallón de soldados o tanques había logrado superar la cercanía de las naves sin ser completamente aniquilados, hasta que el estado mayor conjunto advirtió que la invisible barrera de aniquilación permitía el paso de un solo soldado. Había sido el principio del cuerpo de Fuerzas Individuales de Defensa Alienígena.

Acabada la lata la arrugó y la tiró sobre el cemento del túnel, donde rebotó con largos ecos. La entrada de la nave estaba un poco más allá, por el túnel que tenía a la izquierda. En un rincón, oculto por la oscuridad, encontró un paquete de munición que nadie, salvo los alienígenas, podría haber puesto. Encima relucía una llave magnética de color azul que recogió y guardó en un bolsillo. No era lo mismo, pero se parecía muchísimo a aquellos laberintos, oscuros y amenazadores, tras el cristal del monitor. Cargó su multifusil, el lanzamisiles, relleno su mochila de comida y comenzó a recorrer el túnel, de nuevo en tensión. Al fondo relucía una compuerta con una clave de acceso azul, como la de la tarjeta.

Supo que había cometido un error en cuanto sintió acumularse las ondas de presión, un instante antes de que la explosión infrasónica le golpease por la espalda y el agudo dolor le nublara la visión. Recuperó la percepción al golpearse contra la pared de hormigón del túnel. No había visto el pequeño nicho a su derecha donde se ocultaba un bicho rosa, todo cabeza y tentáculos. Eran de los peores, muy resistentes. Otra onda sónica volvió a golpearle mientras elevaba el lanzamisiles y disparaba. No sirvió de nada, aquel bicho necesitaba encajar diez disparos, como mínimo, para sucumbir. Siguió apretando el gatillo, mientras su vista se nublaban de rojo y sentía como los golpes sónicos iban machacando sus órganos internos, aplastándolos como pulpa madura mientras el lanzamisiles seguía escupiendo destrucción: cuatro, cinco impactos. Sabía que los autobotiquines le harían recuperarse a pesar de las espantosas heridas pero antes tenía que acabar con aquel ser. Seis, siete. No era igual no, dolía como el infierno, como si mil arañas de metal le caminasen por las venas. Lo iba a conseguir, el monstruo daba signos de desinflarse. Ocho... ocho, ¡mierda! ¡No tenía más munición!

Sintió estallar su interior. Los golpes sónicos terminaron y se desplomó en el suelo, todos los huesos del cuerpo astillados. Escuchó escurrirse los babosos tentáculos de su enemigo. Apenas le dolía ya. Mientras se desvanecía en una niebla roja le confortó saber que el siguiente FIDA lo tendría más fácil, los alienígenas le dejarían llegar hasta allí. No era igual, pero se parecía mucho.

Pronto el rojo sangre en su campo visual se volvió

negro. Sin embargo, la conciencia se negaba a desaparecer aún, sentía que algo lo mantenía ahí, a un paso de la nada. Se llevó la mayor sorpresa de su vida, la última, cuando aparecieron las letras brillantes en un perfecto scroll vertical. Su puntuación había sido mala, muy lejos aún del record absoluto, en posesión de un organismo de Debeb-3. Se sumergió en la muerte riendo. No era exactamente igual, pero se parecía mucho, muchísimo. Comprendió, entonces, que los extraterrestres no habían llevado sus naves hasta allí para conquistarles, que civilizaciones tan avanzadas ya no cruzaban la galaxia para guerrear, tan solo los juegos tenían importancia suficiente para justificar un viaje.



Llevo escribiendo y leyendo ciencia ficción y fantasía desde hace mucho tiempo. Han pasado tiempos difíciles, otros fáciles, alegrías y derrotas, pero la escritura y los libros parecen ser de las pocas cosas que se mantienen ahí, a mi lado, de lo cual me alegro mucho.

BASES DEL XLIV CONCURSO LITERARIO PREMIO EMECE 2002

Las bases que regirán el Concurso son las siguientes:

1. Estará limitado a obras de ficción en prosa (novela o cuentos), en idioma castellano, con total independencia en cuanto a la elección de los temas.
2. Las obras deberán cumplir con los siguientes requisitos, sin los cuales no serán admitidas:
 - a) Extensión no menor de 40.000 palabras y no mayor de 120.000 palabras, calculadas sobre papel tamaño carta o tamaño A4 con 30 líneas por página.
 - b) Las páginas deben estar escritas a doble espacio, de un solo lado y numeradas por carillas.
 - c) La portada debe llevar únicamente el título de la obra.
 - d) Se entregarán 3 ejemplares encarpados individualmente.
 - e) El autor deberá presentar también un sobre cerrado y lacrado, en el que incluirá su nombre completo, su dirección y el título de la obra.
3. Sólo podrán participar aquellos escritores que no hayan publicado ninguna obra

de ficción en Emecé Editores en los últimos cinco años. No podrán presentarse obras editadas o inéditas que hayan sido premiadas total o parcialmente en otros concursos.

4. El premio consistirá en la suma de \$ 5.000.-, que se considerarán como pago a cuenta de los derechos que correspondan al autor, calculados a razón del 10% sobre el precio de tapa de los ejemplares vendidos. La editorial podrá abstenerse de publicar la obra. Deberá comunicar esta decisión al interesado dentro del plazo de ciento veinte días posteriores a la fecha del fallo del Jurado, y el autor quedará en plena libertad para hacer editar su trabajo en la forma que creyere conveniente. En este caso el pago de \$ 5.000.- se considerará definitivo como recompensa única a la obra presentada.

5. El premio no podrá ser declarado desierto ni podrá ser otorgado en forma compartida.

6. El Jurado será nombrado luego de cerrada la admisión de las obras. Estará compuesto por personas de reconocida solvencia intelectual y moral, ajenas al

(Sigue en página 34)

El Anticrítico

Por Victor Conde
Comentario del autor
Imágenes archivo PULSAR

Hola a todos. Me llamo Víctor Conde y soy fan de la CF y el fantástico. Voy a hablaros en los siguientes párrafos de las últimas novedades en cine fantástico, dando exclusivamente mi opinión personal e intransferible, tan vana y absurda como la de cualquiera. ¿Preparados?

Bueno, bueno; secuela de “La Momia” *habemus*, ¿eh? Más aventuras a lo Indiana Jones, con malos muy malos, buenos muy buenos y efectos especiales por un tubo. Es decir, más de lo mismo pero con más dinero detrás y menos tiempo para preparar el guión. ¿Es eso malo? En absoluto.

El director Stephen Sommers es un buen artesano, de esos que a la chita callando llegan todos los días al plató a las ocho en punto, hace su trabajo como buen garbancero, y se marcha por la noche a la hora de plegar (tal vez se quede un ratito más tomando alguna copichuela con el productor en el café del estudio). Sus películas jamás alcanzarán la perfección en el arte de la innovación y el entretenimiento de maestros como James Cameron o el Spielberg de los años 70, pero se dejan ver; son un producto industrial algo insípido pero efectivo. Te vas a ver la Momia 2 y te clavan al asiento durante dos horas. Eso es meritorio.

Como se pueden encontrar comentarios de la película en cualquier revista de cine o foro de la Red, paso de decir las mismas trivialidades de siempre; me concentraré en algunos aspectos técnicos que me han llamado la atención. Mi opinión sobre la película, en resumidas cuentas, es que me ha gustado bastante. La recomiendo. Pero que nadie vaya a verla esperando otra Arca Perdida porque esto es un subproducto sin muchas pretensiones artísticas, espectacular y entretenido pero nada más. Para echarse unas risas con la novia o los colegas.

¿No se han fijado que el cine es como los helados de la playa? O, para los que nunca hayan visto una playa, como los platos refinados de un restaurante caro: es un arte de fórmulas. Cuando vamos a uno de estos sitios y pedimos un helado o un filete, no queremos que el cocinero experimente con cosas raras; usted sírvanos el mismo filete de siempre, que es al que estoy acostumbrado, y punto. Es el mismo caso que el del chiste que nos hace tanta gracia y que nos reímos sistemáticamente cada vez que lo escuchamos, aunque nos lo sabemos de memoria.

Ciertos aspectos de la técnica cinematográfica son iguales: hay un momento en la película, al principio, en que Fraser está caminando por el interior de una tumba polvorienta, y ha oído un ruido. Saca su revolver y la cámara lo acompaña a través de una serie de pasillos desiertos y mal iluminados, mientras la música nos transmite una sensación de que... ¡está a punto de suceder algo! Pero, por supuesto, ese algo no acaba de suceder. El prota se relaja y la música, como si se hubiera acabado el peligro, se silencia. El prota se da la vuelta... ¡y se encuentra de narices con alguien inesperado!

Por supuesto, todos nos conocíamos el truquito, pero lo que me hace gracia es que, tras tantos años y enésimas repeticiones, aún *funciona*. Cuando el nuevo personaje aparece tras Fraser, los actores hacen que se sobresaltan y la música pega un fuerte ¡POM! para remarcar el susto. Y la gente se asusta, créanme. Los gritos en la sala de cine fueron apoteósicos (un montón de niñas chillando y abrazándose a sus res-



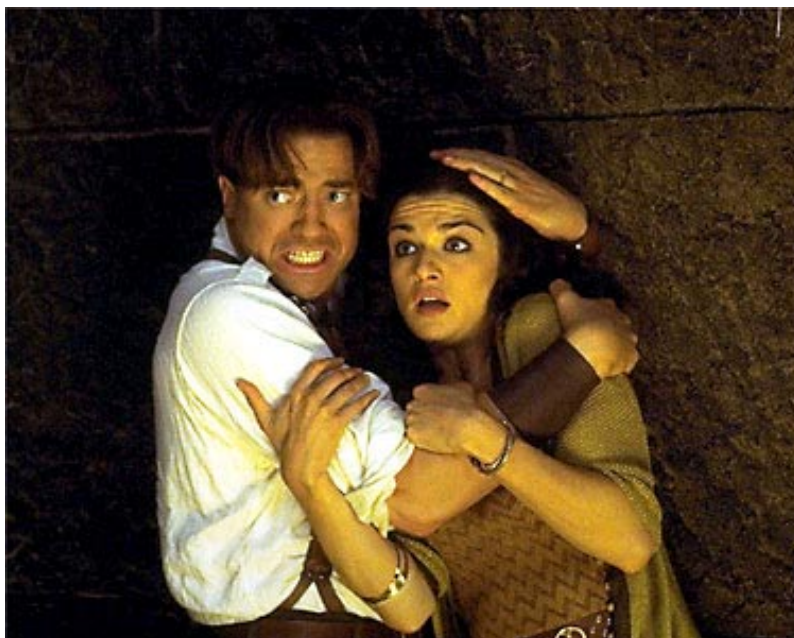
pectivos). Igual pasa con otro momento, casi al final, cuando la comitiva liderada por la criatura está atravesando el bosque de las momias pigmeas. Llega un momento en que uno de los sectarios (la carne de cañón que sólo está ahí para morir) descubre el esqueleto inerte de una de las momias. Entonces se aproxima, muy, muy lentamente, acercando sus napias a las del bicho... la música se para completamente (justo al final del travelling, por aquello de la sincronía), el primer plano del esqueleto se sostiene unos segundos...

¡Y ruge a cámara!

Maravilloso, todos sabíamos exactamente lo que iba a pasar, ¿verdad? La única incógnita era hasta cuándo iba a esperar el director para hacer rugir al monstruo (en este caso unos larguísimos tres o cuatro segundos). Pero oiga, efectivo es un rato: más chillidos por toda la sala y movimientos en las butacas.

Todo esto forma parte de nuestra cultura cinematográfica. Nos encanta asustarnos cuando llega el momento apropiado, ni antes ni después, como si entre el director y su público se estableciera un pequeño juego: Yo te advierto que te voy a asustar, y cuando pegue el porrazo tú chillas. Eso a la gente le encanta. Por supuesto, usar esas técnicas tan tópicas tiene a la postre un efecto contraproducente en tu película: vale, el público grita y se lo pasa de miedo, pero a la salida te criticará diciendo que, psch, bueno, es entretenidilla, se deja ver... Les ha gustado pero no les ha sorprendido.

Los maestros del cine saben cómo asustar de verdad a la gente, porque saben exactamente dónde está mirando el público en cada momento. En *El Sexto Sentido* hay un momento maestro, cuando el niño-aramís-fuster entra en el cuarto de la chica muerta, y el director nos lo muestra con un plano general desde una esquina del



techo con una cámara en gran angular, de estas que te distorsionan circularmente la imagen para que entre más en el plano. Pero resulta que justo *delante* de la cámara, a pocos centímetros, hay unas cosas colgando del techo (boberías de adorno). De fondo tenemos al pive de pie, inmóvil delante de una cama vacía.

¿Qué ocurre? Que el chico mira lenta y fijamente hacia las cosas del techo, las que hay justo delante de la cámara. Y, por supuesto, todo el público mira hacia donde él, buscando el enigma que encierra la habitación, preguntándose dónde está el truco. Imagínense por un momento los ojos de todos los espectadores clavados donde los tiene el niño. Y, de repente, de debajo de la cama (donde *nadie*, *absolutamente nadie* estaba mirando), sale una fantasmal mano y roza el tobillo del protagonista.

Fíjense, ¿eh?, qué maestría, qué grado de control sobre el espectador. El director te *obliga* a que derives tus recursos de capturar información en una dirección determinada, tú te lo tragas y el susto llega desde un lugar inesperado. Ésas son las películas que dejan huella. En el caso de la *Momia* y nuestro amigo Sommers, da igual. Son lo que se llaman películas de consumo rápido; tú vas a verla con la novia, chilláis y os abrazáis, y al salir se la recomendáis a un amigo. Resultado: tropecientos mil millones de dólares de beneficio. Es el summum de la teoría garbancera.

Pasa igual con los antecedentes. ¿Saben lo que es un antecedente? Esos datos que se dan al principio, sobre la trama, sobre los personajes, etc, que sirven para preparar al espectador para una truculencia del final de la peli, para que no suene rara o a “intervención divina” cuando llegue. Hay millones de ejemplos: en *Tiburón*, hay un momento del segundo acto en que el jefe Brody está en su casa leyendo libros sobre tiburones, buscando algo que le permita cazar a su



animal. Es un libro, por supuesto, muy visual, ya que se tiene que enseñar al público de la sala. Vemos un montón de fotos de cazadores y escualos muertos, lanchas armadas con arpones de cañón, etc. Y llegamos a lo que interesa: en la última página hay un foto grande donde se ve un gran blanco (me refiero, por supuesto, a un tipo de tiburón, no a un jugador de la selección española de baloncesto). Este animal está mordiendo un tubo de gas, una bombona de buzo, probablemente encajada en sus quijadas *después* de devorar al buzo que venía adjunto.

Todo el mundo sabe cómo acaba Tiburón, ¿verdad? ¿Les suena de algo el detalle de la bombona? Eso es un antecedente. Spielberg lo deja caer casi como de refilón, sin siquiera concederle una atención especial. Pero al final de la película, cuando nuestro gran monstruito se come la bombona, nadie protesta. Nos suena de algo, y lo damos por factible. *Eso puede pasar.*

El problema de los antecedentes es que son un arma de doble filo: el lector o espectador avisado te los caza en seguida, y eso le da pistas para resolver el puzzle. Si haces que un personaje hable de que, por ejemplo, en tu película de buzos se puede salir sin traje protector al exterior del submarino y aguantar unos minutos sin congelarte (como pasa en la aburridísima y ultrapredicable *Esfera*), ¡premio! No tienes que esperar mucho para ver que el aguerrido protagonista se salva de una trampa mortal saliendo al exterior del submarino en camiseta.

En *La Momia Regresa* también hay antecedentes,



por supuesto. Pero son raros, porque al final hay una violación explícita del código: hemos dicho que éstos sirven para que el público no piense que el guionista se saca la solución de la película de la manga, ¿verdad? Pues aquí sí que pasa: el guionista salva a sus personajes literalmente porque le sale de la pluma. Un antecedente bien puesto de la película es, por ejemplo, cuando vemos luchar a dos personajes femeninos (no revelaré su identidad, por si acaso alguien aún no ha pasado por taquilla); este combate se repite al final y a nadie le sorprende que a cierto personaje le surjan fieras habilidades de combate marcial de la nada. Está bien.

Pero al final, lo que no está bien, y eso es lo que sorprende (porque en una producción de estas características nadie se lo esperaba) era que el guionista rompa a propósito esa regla-de-cómo-hacer-las-cosas-en-una-producción-cara, y nos diga de sopetón que cierta reliquia faraónica es en realidad un arma mortal, de hecho lo único que puede matar al malo. Y que, ¡oh!, es justo la que el prota tiene colgada del cinto.

Yo lo agradecí, la verdad; estaba tan aburrido de esperarme todos los giros de la trama que, cuando vi ese gesto de rebeldía pachanguera, me lo pasé pipa. Como cuando el personaje del aviador aprieta una palanca y transforma su dirigible en un reactor (¿?)... en los años 30 (¿!?).

¡Ah, y una cosa, antes de que me olvide! Algo que me encantó de las dos partes de la *Momia* es que, al final, los protagonistas salen ganando económicamente. En la primera se chulean la mitad del tesoro de Amenofis y en esta se llevan de recuerdo un diamante más grande que el meteoro de aquella película de Bruce Willis. ¿A que es genial, algo que —en serio— no se veía en mucho tiempo?

En fin, que más entretenida, imposible. Iros a verla, pero si os lleváis a vuestra novia preparaos para unos cuantos pellizcos. El que avisa no es traidor.

Nací en Santa Cruz de Tenerife, soy programador informático y fan del cine y la literatura, y aquí sigo, carteándome con el mundo vía mail y aprovechándome vilmente de la tecnología de nuestro tiempo. Desde hace unos meses estoy enviando cuentos a las revistas y he conseguido publicar en algunas, lo cual no me sube los humos, sino me da más ganas de trabajar. Vamos a ver en qué queda la cosa... ;)))

Cuando los conceptos del mundo chocan

Por Lois McMaster Bujold

Reimpreso con permiso de la autora

Traducción de Graciela Ines Lorenzo y Sebastian Font

Lois McMaster nos ha otorgado permiso gentilmente para traducir y publicar este artículo. Se trata de su ponencia en la convención americana MileHicon y SwanCon. Agradecemos desde aquí la disposición abierta que nos ha brindado Lois.

U nos años atrás, durante una convención, presidí una mesa de discusión respecto al tema “Los mejores nuevos libros de fantasía”.

La mesa estaba conformada, además de por unos cuantos escritores y editores, por un revisor y crítico literario, quien estaba acreditado por varias décadas de trabajo dentro del negocio. Durante todo ese tiempo estoy segura que había leído miles de libros. Hizo la interesante afirmación que, desde su punto de vista, había solamente tres buenas novelas de fantasía publicadas en los últimos años, y las nombró. (No pareció consciente del hecho de que estaba insultando a los escritores que compartían la mesa con él, ya que ninguno de los cuales era el autor de alguno de los libros mencionados). “Muy bien –pensé-, este hombre está utilizando alguna extraña acepción del término “buenas” que no es compartido por la mayoría de nosotros”. Como continuó con su discurso, caí en la cuenta de que, para que él pudiese calificar como “bueno” un libro, éste tenía que producirle una especial sensación psicológica, –por ser ya un lector cansado y empalagado- que debía ser progresivamente más difícil de hallar. Aparentemente estaba reemplazando su reacción ante el libro que él denominaba “bueno” con alguna cualidad de escurridiza objetividad.

Bien, el hecho de que diferentes personas tienen diferentes ideas sobre lo que constituye un “buen” trabajo de ficción justifica que haya más de un solo libro en las librerías, y eso siempre es algo bueno. Este sería un mundo muy aburrido si todos los gustos fuesen idénticos. Incluso los gustos de un solo individuo varían, algunas veces en forma violenta, día a día

y año tras año. Cualquiera que haya tenido la experiencia de releer uno de sus viejos libros favoritos, uno de esos añorados libros de su juventud, y que finalmente tuvo que dejar de leer casi horrorizado, sabe de lo que hablo. Dos personas, leyendo el mismo texto, no pueden crear la misma experiencia en sus mentes, ni tampoco la misma persona experimenta idénticas sensaciones en diferentes momentos de su vida. Un libro, un libro real, y el arte que allí se muestra y que justifica su existencia, requiere dos elementos: el texto sobre las hojas, y una mente que procese o recuerde ese texto. “El Libro”, esa cosa que como lector amo, odio o recuerdo durante el resto de mi

vida, hasta el día de mi muerte, es esa enorme catarata de pensamiento, de emoción y experiencia, que ocurre mientras recorro las letras con mis ojos. La mente sin el texto está inmóvil; no es despertada; permanece en blanco. El texto sin la mente está muerto, sin sentido, sin sensaciones: son solo manchas de tinta sobre un puñado de papeles.

Esto suele generar problemas principalmente a dos personas: al crítico que trata de asignar valores a la ficción, y al escritor. Como escritora, soy perfectamente

consciente de que no controlo ni la mitad de mi arte. El mismo, exactamente el mismo texto que un lector encuentra excitante, sutil, variado, gracioso y animado, el siguiente lector puede encontrarlo aburrido, pesado y olvidable. Si cambio el texto para capturar al segundo lector lo único que puede pasar es que pierda al primero. El mismo lector puede estructurar el trabajo en forma diferente en dos momentos diferentes, dependiendo del cambio operado es sus métodos de lectura y de sus expectativas: no se trata



solo del lector que encuentra que un añorado libro de su juventud es ahora mucho más delgado, sino que también se trata de esa otra persona que encuentra de nuevo un libro que cruzó zumbando entre sus oídos sin dejar ninguna impresión en aquella primera lectura, y que ahora extraña y súbitamente aparece como mucho más rico, como absolutamente atractivo.

Ahora mismo, los críticos han desarrollado todo tipo de protocolos para asignar valores a la ficción, basándose en una u otra teoría literaria más o menos idiosincrática. Yo estoy más interesada en los datos: ¿cómo lee realmente la gente? ¿Qué está ocurriendo en sus mentes? ¿Existe algo que yo, como escritora, pueda o deba hacer, para incrementar el número de mis lectores?

Cuando era niña, mi madre ocasionalmente nos hacía, a mí y a mis hermanos, la pregunta “bien, ¿qué habéis hecho hoy para justificar vuestra existencia?” (Esto es algo que tenía que ver con su trasfondo protestante de Nueva Inglaterra, creo), a lo que mi ego adulto querría contestar, retrocediendo en el tiempo: “Mamá, tengo nueve años. Estamos desayunando. Dame un respiro”. Tengo un problema similar con la gente que exige que el arte se justifique por medio de alguna medición práctica. Sospecho profundamente de cualquier sistema de pensamiento que presente la literatura como una medicina moral, y así promueva al escritor o al crítico al estatus de médico del mundo. El mundo es más mucho complicado.

Si el valor de “bueno” es asignado a un trabajo en base a los números puros que genera, o a su popularidad, eso significa asignar un valor superior a un particular tipo de lectura, o a un particular tipo de lector: todo se convierte en una forma de elitismo, en la encubierta (o abierta) declaración de que ese puñado de lectores, precisamente esos de ahí, es superior al resto, y que, por tanto, merece mayor satisfacción que otro cualquier puñado de lectores existentes por aquel otro lado. Una vez sobrepasados los simples criterios de ortografía, de gramática, y de un mínimo de coherencia en la prosa, el juicio de un libro conlleva, indefectiblemente, a un juicio a su audiencia. Y yo encuentro este pensamiento muy perturbador.

La cuestión más confusa es el hecho de que la gente lee libros por diferentes razones, las cuales varían de entre la simple estimulación intelectual, a la exposición de nuevas ideas de paisajes, pasando por el confort, el entretenimiento, los pellizcos emocionales, el viaje desde nuestro sillón, o el simple hecho

de imaginarse que están atrapados en un cilindro de metal con otras 400 personas, lanzados por el aire a 300 millas por hora, y que no tienen control de cómo o cuándo vivirán o morirán en las próximas horas. Algunos lectores pueden necesitar de una vida alternativa, aunque creo que es más frecuente el caso de que algunos críticos necesitan tener ciertas pistas para lograr el mismo objetivo. Tu nunca sabes cuál es el fardo secreto que cualquiera puede estar cargando. Algunas personas ya tienen bastante con su propia vida, y necesitan salir de ella por una cuantas horas. Es imposible, diría yo que de una manera incommensurablemente arrogante, asignar una jerarquía de valores a las razones por las cuales esas personas leen libros. Me gusta pensar en “la señora lectora media” como en una enfermera de un hospital de niños con cáncer, de regreso a casa después de un día particularmente malo. Y decirle a esa lectora: “Deberías olvidarte de esa literatura escapista y, en su lugar, leer algo que te hará mejor, más ilustrada”. Simplemente absurdo.

La impresionante masa de posibles libros a leer (o a escribir) nos obliga a tomar decisiones drásticas. Todas las elecciones excluyen tanto como incluyen, pero deben ser hechas, o nunca se podrá comenzar. La elección correcta de un escritor es muy sencilla, realmente: Yo debo escribir para mi audiencia ideal, que disfruta de mi forma de hacerlo, y que debe ser real para mí misma. Por lo tanto, yo escribo novelas de ciencia-ficción centradas en los personajes, y no en irrealidades de un futuro próximo, como no escribo sobre romances contemporáneos, ni sobre Westerns, ni creo libros sobre crímenes reales. Por el contrario, la elección correcta de un crítico es mucho más espinosa, ya que debería estar claro para él que su única opción para declarar un libro como bueno solamente es posible con aquellos libros que se ajustan exactamente a su propio gusto. (Aún así, lo contrario también ocurre) Sin embargo, un crítico honesto solamente puede informar realmente de la experiencia que tuvo al leer.

Entonces, ¿porqué la gente prefiere diferentes libros? He llegado a comprender una noción de la respuesta a esta pregunta a través de mi empeño en entender el significado de una vieja palabra literaria: “tema”. En mi juventud tuve problemas para lograr una definición de tema por lo que tanto yo como las personas que trataban de explicarme ese punto teníamos la tendencia de confundirla con esquema o síntesis. Una verdadera aseveración como “síntesis es lo que ocurre, y tema es a lo que se refiere el libro” no

era suficiente para distinguirlos entre sí. Eso ocurrió hasta que fui escritora, y entonces esa distinción fue clara para mí. Síntesis es a lo que se refiere un libro. Tema es de a que realmente se refiere un libro.

Y algunos de mis libros, gracias a Dios, tienen temas indefinidos, al menos retrospectivamente (me sentí satisfecha al darme cuenta de esto como una burguesa gentilhomme, uno de esos personajes “nuevos ricos” de una obra de teatro, creo que de Molière, quien tuvo que aprender a hablar en prosa). Barrayar, por ejemplo, debió ser descrito en palabras que enfatizaran el complot político que podía acabar en una guerra civil planetaria, o en el complot social que involucraba a una mujer extraterrestre penetrando lentamente en los contenidos de la nueva cultura en la cual había sido introducida. Sin embargo, el tema del libro es el precio de la propia identidad al convertirse en padre explorado en seis parejas, paralelamente, y que llegan a un clímax temático simultáneamente con el complot político. La Residencia Imperial arde, no solamente como el clímax de una pelea, sino como un símbolo del ave Fénix mediante el cual la vieja identidad del principal personaje es aniquilada y la nueva, como madre, es forjada.

Vaya, pensé. Así que ése era el tema (observen: finalmente tuve que escribir seis o siete libros para quitarme esta idea de la cabeza). Volviendo ahora la mirada atrás sobre ese libro pude ver cómo varias personas, eventos y objetos descritos a lo largo del texto actuaban tan solo como soportes, símbolos, comentarios y materializaciones físicas de este tema. Si alguno de ustedes ha visto la película “¿Quién engañó a Roger Rabbit?”, hay una escena donde el personaje de Roger se saca de sus manos unas esposas, que ha tenido colocadas durante un buen rato. “¿Podías hacer eso en cualquier momento?” le pregunta el humano, indignado.

“¡No!” dice Roger, abriendo mucho los ojos. “Solamente cuando es gracioso”. Barrayar no era un libro donde “podía ocurrir cualquier cosa”, aunque el arranque inicial invitaba a varios complots posibles. Sin embargo, solo el complot que se materializó como el tema principal era el correcto.

Entonces, ¿estaba yo escribiendo el libro para dar a conocer ese tema? Bueno... no. Porque yo y la mayor parte de los escritores que conozco, generalmente no pueden identificar el tema de un libro hasta que está terminado, algunos años más tarde. El tema no puede existir con anterioridad, eso es seguro; es más acertado pensar en él como una propiedad emergente, emanando desde el libro y después de que éste

está ya escrito. Incluso a pesar de ello, una novela es mucho grande y compleja, y puede muy bien tener más de un único tema. Así, tan pronto como escribí una, estuve comparando lo obtenido con un patrón interior y propio de lo que debía estar bien, gracias a mi intrusista demonio interior, viajero del tiempo, que me decía que quién sabía si todo aquello estaba correctamente ubicado antes de la creación de las escenas, los momentos y los objetos: de todo lo que yo había llegado a dudar, incluso, si estaba bien ideado inicialmente.

Creo que un punto de vista más útil que el tema, en este contexto, debiera ser el “concepto del mundo”. El concepto del mundo es la manera en que cada ser humano ve el mundo como una “realidad que está sucediendo”: donde las percepciones sobre la política o la moral están bien o mal; donde nos preguntamos si Dios o cualquier otro fenómeno supranatural existe o no; donde nos interrogamos si lo que la gente considera interesante es valorable o no; donde la economía realmente actúa. Todos los autores escriben sobre su propio concepto del mundo, aunque eso ocasione nuestros propios errores; no podemos escapar a ello, a no ser que nos ciñamos a un plan de trabajo predefinido y terriblemente detallado; y aún así nos equivocaremos en nuestras concepciones. Y es que el concepto del mundo no se limita tan solo a la idea que tienen de él los escritores.

Cada vez que un lector lee un libro ocurre que dos conceptos de mundo se encuentran, o colisionan. Yo creo que hay cuatro posibles interacciones del concepto del mundo entre el escritor y el lector.

Si los conceptos coinciden, el lector tendrá una experiencia literaria “confortable”. El concepto del mundo del lector no es cuestionado ni es puesto en duda, sino confirmado. No tiene nada que ver con que los personajes y eventos hayan sido descritos de forma agradable o no: de ese modo, un lector cínico, malhumorado y extraño, que se encuentra con un libro cínico, malhumorado y extraño lo sentirá como confortable, y así, seguirá refunfuñando cosas como: “Este tipo realmente sabe de lo que habla. Todo mundo debería leer este libro y aprender lo es bueno. Realmente me gusta”

Una variante de esta interacción se produce cuando el concepto del mundo presentado por el escritor no es creído por el lector como parte de la vida real. Aunque desearía que sí lo fuese, como sucede en algunas novelas románticas para mujeres.

En segundo lugar, los conceptos del mundo colisionan. En este caso el lector encuentra que su

concepto del mundo es negado o rebatido por el texto, lo que se convierte en desagradable, incómodo, e incluso indignante. El lector acumulará desprecio sobre el libro y a veces sobre el autor, como ocurre, por ejemplo, cuando un lector de izquierdas rechaza ciertos escenarios de un libro escrito por un autor de derechas, o cuando una mujer ridiculiza a un libro escrito por un hombre en el cual se construyen retratos femeninos poco menos que idiotas. Aquel lector cínico mencionado anteriormente puede rechazar con desprecio un libro que describe el mundo como “demasiado bueno”, ya que desafía su concepto del mundo, y, en consecuencia, se produce un rechazo hacia esa obra: “La gente no es realmente así. Yo conozco a la gente, y la gente es escoria”. La mayor parte de las personas, la mayor parte del tiempo, responde fuertemente a los desafíos contra su concepto del mundo, y el desagrado ocasionado engendra la defensa del propio concepto del mundo mediante la búsqueda de una “buena razón” que lleve a rechazar los datos como falsos, débiles, alterados o errados. Algunas veces, obviamente, el rechazo por parte del lector es bastante acertado.

La tercera posibilidad de interacción es la ausencia completa de ésta. Los conceptos del mundo pueden ser incomprensibles mutuamente, en cuyo caso el libro es rechazado no por erróneo sino por impenetrable (un fenómeno relacionado, que me señaló una vez una profesora de educación media, es cuando los lectores internamente “reeditan” el libro, en una acción de pura malinterpretación, de modo que éste tenga un mayor sentido para ellos).

En la cuarta, que posiblemente sea la más importante, el concepto del mundo de el lector puede ser extendido. Esta es, según mi opinión, una de las delicias de la literatura cuando se produce, y es una fuente de esa escurridiza “sensación de maravilla” que tanta gente experimenta cuando se topa con el mundo de la ciencia ficción y de la fantasía. El concepto del mundo del lector puede ser extendido en miles de formas; se pueden obtener nuevos conocimientos acerca de extraños lugares, o de la historia de las ciencias. O del surfing, o de la maternidad, o de cualquiera de las múltiples actividades de la humanidad; se puede adquirir la comprensión de hechos psicológicos o morales que nunca habían sido presenciados anteriormente. El lector encuentra que la lectura ha cambiado su mundo, algunas veces de forma profunda, modificando su concepto del mundo, y que éste no será nunca más tan reducido como antes lo era.

Creo que el problema de mi cínico crítico, quien se quejaba de que fuese tan difícil encontrar buenos libros, puede ser, realmente, un problema dentro de este enfoque. Él ya ha leído demasiados libros, y ya es casi imposible acercarle a algo que rompa los límites de su mente en esa extraordinaria “sensación de maravilla”. Cuando tenemos doce años, es casi imposible leer cualquier libro y no abrir nuestras mentes. La colisión entre los conceptos del mundo es aceptada dentro de nosotros mismos, como una maravillosa sensación de crecimiento. Todas las cosas son nuevas en el amanecer del mundo. O en el amanecer de nuestro concepto del mundo.

Entonces, una novela es el feto del concepto del mundo del autor. Si ese feto es coherente, genera en forma emergente un comentario sobre la condición humana, que es el tema final del libro. Experimentamos con ese tema, aunque no podamos articularlo apropiadamente, como si lo hiciésemos con un maravilloso sentido del ser en nuestro libro. Si lo conseguimos, el libro habrá logrado crear ese sentido dentro de la cabeza de otra persona. Y en mi concepto del mundo, eso es el arte.

Gracias.

Lois

© 1999 by Lois McMaster Bujold

Publicado con autorización de la autora.



asociación española de
FANTASÍA
Y CIENCIA FICCIÓN

**Si te gusta la Fantasía y la Ciencia-Ficción...
y quieres disfrutarla en compañía de otros
muchos...**

**Únete a la Asociación Española de Fantasía y
Ciencia-Ficción.**

<http://www.aefcf.es>

Un homenaje a los grandes maestros americanos del relato de horror.

Una mañana tan espléndida como cualquier otra un sol primaveral bañaba las calles de la ciudad mientras Arthur caminaba apresuradamente hacia la parada del autobús. La muchedumbre luchaba por su pequeño espacio vital en las atestadas aceras, embutidos ellos en sus formales trajes grises y sus clásicas corbatas oscuras, mostrando ellas bajo sus blancas blusas escotadas y sus ajustadas faldas negras indecentes retazos de un inimaginable total. Mediante una sutil combinación de ágiles saltos, elegantes piruetas, sonrisa ensayadas y algún que otro descortés empujón, Arthur se abrió paso entre el caudal de gente y logró llegar hasta la parada, sólo para ver con desesperación como el autobús se perdía entre una oscura nube de humo procedente del tubo de escape. Maldijo en silencio las horas punta y alzó la mano para atraer la atención de algún taxista, que vive de estas pequeñas cosas como los buitres se alimentan de la carroña. Un enorme vehículo amarillo chillón se detuvo a escasos metros de donde se encontraba, y una desproporcionada cabeza asomó por la ventanilla.

- Vamos, amigo, no tengo todo el día - rugió.

Arthur exhibió su mejor sonrisa y saltó al arcén con un grácil floreo de su americana recién estrenada, una espléndida chaqueta de corte tradicional de un suave color gris y decorada con patas de gallo. Y entonces fue cuando las cosas comenzaron a torcerse. Sus piernas elegantemente rematadas por unos zapatos nuevos de piel recién lustrados se hundieron hasta el tobillo en un oscuro charco de lodo en el que no había reparado. Soltando un bufido, intentó avanzar hacia el taxi. Sin embargo lo único que consiguió fue caer de bruces al suelo. Sus pies estaban atrapados en aquella masa informe de barro y suciedad, otro producto de la urbanización que tanto despreciaba.

- ¿Qué demonios...? - acertó a gruñir, rojo de ira.

Atraídos por el inusual espectáculo, varias personas sin importar raza, credo o religión se congregaron a su alrededor. En todos los rostros, desde viejas desdentadas con el rostro maquillado como un payaso hasta jóvenes imberbes que ostentaban piercings en labios, cejas y orejas, Arthur creyó detectar una sonrisa oculta. Pero en el fondo no le importó. Sus pensamientos giraban alrededor de aquel pozo de inmundicia que le llegaba hasta las rodillas.

- No quisiera parecer descortés - sonrió a la multitud -, pero ¿sería alguno de ustedes tan amable de echarme una mano?

Las sonrisas florecieron entre los presentes. Algunos, aburridos ante el cariz que estaba tomando el asunto, continuaron su camino. Otros se burlaron de Arthur realizando gestos obscenos con sus manos y bocas. Solo dos jóvenes envueltos en mortajas negras, con el rostro maquillado como cabareteras y peinados como si hubieran recibido una descarga eléctrica se acercaron hasta él.

- Gracias, amigos. Gracias por esta desinteresada muestra de ciudadanía - gimió Arthur, incapaz de contener las lágrimas.

Uno de los jóvenes atrapó sus manos mientras el otro registraba sus bolsillos con ojos brillantes. Arthur gimoteó, luego les amenazó con notificar los hechos al primer agente de policía que encontrara, y terminó suplicándoles cuando descubrió que estaba hundido hasta la cintura que al menos le sacaran de allí, pero todo fue inútil. Se marcharon con su cartera repleta de tarjetas y billetes, su reloj de bolsillo recuerdo de su madre, su anillo de compromiso, las llaves de su indescriptible hogar y dos caramelos de menta marca Frescor Salvaje.

La desproporcionada cabeza coronada por una inapropiada boina a cuadros rojos y azules que asomaba por la ventanilla del taxi se agitó a un lado y a otro, arriba y abajo, como si quisiera liberarse de

la opresión de un cuello demasiado posesivo. Una manaza de dedos largos y gruesos con nudillos marcados que le recordaron a los árboles que su padre solía plantar en la parcela que poseían en el campo dejó caer sobre la acera la ceniza acumulada en un inmenso puro medio consumido. Después lo llevó a aquella boca que semejava la entrada de una gruta ciclópea y el taxista dio una larga calada meditativa mientras sus ojos le miraban con ansiedad.

- Oiga, yo no puedo esperar todo el día. Me las piro. Y la próxima vez no me haga perder el tiempo, cretino.

Y dichas estas palabras, el taxista se perdió entre el tráfico. Arthur se quedó allí, solo, cubierto de barro hasta la barbilla, intentando no respirar el hedor que se desprendía de aquella masa informe de putrefacción. Un grupo de turistas japoneses se detuvo ante su cabeza y todos aprovecharon para tomar unas cuantas fotos desde diversos ángulos mientras su rostro desaparecía entre el lodo. Antes de que su cabeza se sumergiera por completo en el charco tuvo tiempo de ver llegar el autobús e inhalar por última vez los apestosos gases que emanaban del tubo de escape.

La oscuridad que le rodeaba era negra como el carbón, a excepción de ocasionales franjas iridiscuentes que recorrían todas las tonalidades del arco iris. Mientras descendía sin parar hacia un destino tan aterrador como desconocido, Arthur intentó razonar la cadena de acontecimientos que le habían llevado a estar atrapado en aquel remolino succionador en avanzado estado de descomposición. Todos sus análisis fueron en vano. No recordaba ningún hecho en concreto realizado durante aquella mañana que le condenara a una agonía eterna. Ni siquiera recordaba lo que había desayunado.

El túnel se volvió más angosto, y Arthur tuvo la impresión de que, antes o después, quedaría atascado. Las vetas de colores habían desaparecido por completo, y una oprimiente oscuridad le envolvía. Oscuridad y silencio, un silencio solo roto por el roce de sus ropas contra aquella sustancia negra inidentificable, una mezcla de gelatina y barro con la consistencia del chicle y el olor de las cañerías del cuarto de baño de la casa de su anciana madre.

El tiempo transcurría como si estuviera realizando horas extras en el despacho. Ignoraba hacia donde se dirigía, si es que se dirigía hacia alguna parte. Lo más probable era que aquel descenso no terminara jamás. Recordaba aquella vez, con nueve años, que sus padres insistieron en montar todos juntos en

la montaña rusa. Dos cosas convirtieron aquel día en una pesadilla inolvidable durante el resto de su vida. Una fue la agonía de las subidas, las bajadas, los giros, los gritos, las lágrimas y los vómitos. Otra fue darse cuenta de que sus padres se sentían decepcionados por su comportamiento. Intentó no pensar en ello y concentrarse en el descenso. Y entonces, inesperadamente, el descenso terminó.

- Lo sabía - gimió.

Arthur estaba atrapado en una incómoda posición, con los brazos pegados al pecho y las piernas flexionadas, de forma que podía tocarse las rodillas con los codos. Estiró los dedos y acarició su barbilla, pensativo. Aquello no podía terminar así. No debía terminar así. Le quedaba mucho por hacer. Repasó mentalmente la lista que ocultaba en un sobre lacrado en el tercer cajón del armario del sótano. No, este no podía ser el fin. Faltaba su viaje a las Islas Baleares. Y el ascenso que llevaba esperando doce años. Y devolverle a su mujer al menos la cuarta parte de sus infidelidades. Y acudir al entierro de su anciana madre. Y...

Tenía que salir de allí. Arthur estudió con calma la situación. Estaba atrapado en un agujero de gusano a cientos o quizá miles de metros de la superficie, rodeado de una sustancia repugnante que latía con vida propia y le recordaba al plástico fundido. Sin duda las había visto peores. Esto no era nada comparado con la cena de Acción de Gracias.

- Bueno, Arthur, piensa, y quizá seas capaz de salir de esta madriguera... - susurró en voz baja.

Balanceó su cuerpo a un lado y a otro. Aquella sustancia se amoldó a sus movimientos sin protestar y después recuperó su posición original.

- Bien - pensó Arthur en voz alta -, esto es interesante.

Intentó estirar las piernas, pero el material se tensó impidiéndole el aventurado movimiento. Agitó los brazos, pero lo único que consiguió fue desplazar unos centímetros las paredes que le aprisionaban hasta que le fallaron las fuerzas y retornaron a su estado habitual.

- Por lo que veo no es este el camino a seguir - se dijo.

Y entonces estornudó. Al principio su estornudo le resultó algo anecdótico, inconcebible en una situación de extrema tensión como la suya. Después pensó que era ridículo estornudar en una situación semejante, rodeado de gelatina negra palpitante. Cuando todo a su alrededor se agitó y se vio

proyectado contra la dura superficie del agua desde las alturas, se dijo que después de todo un estornudo siempre tenía su parte positiva.

Emergió de las aguas y sus pulmones agradecidos aspiraron todo el aire que eran capaces. El cielo nocturno que cubría su cabeza carecía de estrellas. Olas espumosas azotaban su rostro. El mar parecía hervir de excitación. A lo lejos, perdida en el horizonte, avistó una pequeña línea de tierra.

- Que me flagelen si lo entiendo, pero esta oportunidad no voy a desperdiciarla.

El mar embravecido se apoderó de su americana y sus zapatos de piel mientras su cuerpo dolorido y magullado se debatía violentamente entre las olas. La tierra parecía cada vez más lejana, un débil trazo de tinta verde sobre un fondo negro. Peces de brillantes colores surgieron de las profundidades y nadaron a su lado durante unos instantes. Sus brillantes ojos siguieron su estela con curiosidad, inquietos ante su presencia. Las fuerzas le abandonaron, y sintió el sabor amargo del agua salada en la garganta.

- Esto es el finrrrr... - gruñó mientras se hundía bajo el agua y, exánime, caía en el profundo pozo de la inconsciencia.

Despertó sobresaltado sobre la arena de la playa. Su sueño había transcurrido en extraños lugares húmedos y oscuros, donde reptantes criaturas deformes se arrastraban a sus pies susurrando cánticos más antiguos que la humanidad. Un insoportable olor a pescado podrido y podredumbre empapaba su cuerpo y sus ropas. Se incorporó y miró a su alrededor. Pequeñas olas espumosas morían sobre la arena una y otra vez. Nubes perezosas formaban hermosas figuras sobre el marco incomparable de un cielo azul.

- ¿Qué demonios...? - murmuró con voz pastosa.

Tenía un gusto a sal en la boca. Debía haber tragado mucha agua antes de llegar a tierra firme. El mar se extendía a su alrededor por todas partes como un mantel de agua. A lo lejos observó una gran mancha negra que no pudo identificar, pero que le provocó un espasmo de aprensión. La mancha se extendía tanto por el mar como por el cielo, como si el manto de la noche caminara por el horizonte.

- Vaya, ya está despierto. Ya era hora.

Una punzada de miedo le atravesó como si le hubieran introducido esquilas de hielo entre las vértebras. Se volvió, aterrado ante la perspectiva de encontrarse con una horrible visión que le hiciera perder

irremisiblemente la cordura. Un hombre delgado, de aspecto enfermizo, con un suave bigote negro algo descuidado y una indefinible sonrisa en su rostro, le hizo señales con la mano para que se acercase. Estaba sentado en una mecedora, con los codos apoyados sobre una desvencijada mesa de madera cuyas patas estaban casi totalmente cubiertas por una espesa capa de moho verde. A su lado un joven de mirada perdida y rostro alargado jugueteaba con un mazo de cartas, extendiéndolas sobre la mesa a modo de solitario.

- ¿Dónde... estoy? - acertó a murmurar Arthur.

El joven alzó el rostro y le miró. Parecía mucho mayor de lo que en realidad era. Su voz era fría, distante, como si no le perteneciera.

- Más allá de donde moran los hombres, donde fluyen caudalosos los ríos de la locura y criaturas aberrantes yacen sumergidas en la noche eterna...

- Sí, Howie, sí, todo eso ya lo sabemos. Ahórranoslo, ¿vale? - interrumpió el otro hombre - No creo que le interese a nuestro invitado. Pero acérquese, hombre. Tomemos un trago.

Con delicadeza sirvió un denso líquido ambirino en dos finas copas de cristal y ofreció una a Arthur. Desconsolado, Arthur se acercó hasta la mesa y tomó la copa entre sus temblorosos dedos.

- No... no entiendo nada. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Y quiénes son ustedes?

- Brillaron las apagadas aguas del lago, y la ciudad del lodo atrajo a su seno a todos aquellos que osaron perturbar su descanso eterno... - susurró Howie hasta que fue interrumpido bruscamente por su compañero.

- Sí, Howie, lo admito. Tienes razón. Pero no es necesario ahogar a nuestro huésped con crípticos detalles. Y, por cierto, mi nombre es Ed, y mi amigo se llama Howie.

- Arthur - susurró Arthur - y si me permite, me gustaría realizarle una última pregunta, ¿qué demonios es aquello que se pierde en el horizonte?

Ed lanzó una maliciosa mirada a Howie, pero este parecía haber perdido interés en la conversación.

- Bueno, podríamos decir que... en el fondo... No se como definirlo. ¿Howie?

El otro hombre jugueteaba con la baraja de cartas, formando sobre el tapete de moho una curiosa estructura que Arthur encontró aberrante, pues desde su punto de vista la geometría de la construcción era anormal y antieuclediana. La mirada del joven de

rostro alargado estaba perdida en el infinito, como si sus ojos pudieran ver algo más allá de las cartas amontonadas.

- Una criatura abotargada, de aspecto gomoso, con una cabeza semejante a la de un pulpo cuya cara fuera una masa de gelatinosos tentáculos palpitantes, surgió baboseando y...

- Es suficiente, Howie. De veras. Nos hemos hecho una sutil idea.

Arthur observó la pequeña isla. No tendría más de cuarenta metros cuadrados, a juzgar por sus dimensiones. Lo único que se veía era un viejo árbol de grueso tronco rojizo y hojas verdes, una mesa y cuatro sillas. Junto a la mesa, una alacena con varias copas y botellas, y un poco más allá una pequeña estantería repleta de libros antiguos. La mayoría de ellos carecía de tapas y sus hojas amarillentas se deshacían con solo mirarlas.

- Bueno, ¿se apunta o no? - gritó Ed, sirviéndose otra copa.

- ¿Apuntarme? ¿A qué? - gimió Arthur.

- Pues a una buena timba, ¿qué si no? Vamos, Howie, tu repartes.

- Pero - susurró Arthur -, yo no sé jugar a las cartas.

Ed exhibió su mejor sonrisa y alcanzó una silla.

- No se preocupe por eso, Arthur. Ya aprenderá.

Sobre el autor...

Santiago es un habitual ya en nuestra publicación. Informático de profesión, es el editor del fanzine Qliphoth, además de amante de la música gótica y electrónica oscura. Según nos confiesa, adora los cementerios y dice tener una novia preciosa de nombre María Jesús [8-]

Nos ha prometido una continuación a este estupendo relato, continuación que esperamos ansiosos.

(viene de página 23)

personal de la dirección de la editorial y de las asesorías permanentes de sus colecciones.

7. Los nombres de los miembros del Jurado se darán a conocer juntamente con la publicación del fallo.

8. Los originales y los sobres serán numerados por la editorial, correlativamente por su orden de presentación. Los originales serán entregados a los señores miembros del Jurado y los sobres quedarán en poder de la editorial.

9. Los originales podrán ser entregados personalmente o enviados por correo a Emecé Editores, Alsina 2048 2º Piso, C1090AAF Buenos Aires, a partir del 2 de julio de 2001 en el horario de 09:30 a 13:00 y de 14:00 a 18:00. Sólo se admitirán los que sean recibidos hasta el día 31 de agosto de 2001 inclusive. El jurado se expedirá antes del día 29 de diciembre de 2001.

10. La resolución del Jurado será soberana y dispuesta por la mayoría de los votos de la totalidad de los miembros integrantes. Una vez producido el dictamen se procederá, ante escribano público, a la apertura del sobre cuyo número corresponda al del original premiado y se labrará el acta correspondiente.

11. Conjuntamente con la publicación del libro, en el año 2002, se procederá a entregar la suma fijada como premio y el diploma que lo acredita.

12. El original de la obra premiada no podrá ser alterado ni modificado por el autor, salvo conformidad expresa de la editorial. Las obras no premiadas no serán devueltas y la editorial procederá a destruirlas.

Información facilitada por Graciela Inés Lorenzo.

¿ Cuanto se lee PULSAR ?

Redacción PULSAR

Somos una publicación atípica. En el mundo editorial normal, haces una tirada y la pones a la venta. Eres afortunado si se agota, y muy afortunado si puedes hacer sucesivas ediciones y venderlas. Lo mas normal es quedarte con material sin vender, acumulándose en el almacén y convirtiéndose en lastre y pérdidas.

En el mundo editorial electrónico eso no sucede. Generas un único ejemplar de la publicación. Lo situas en un sitio accesible y permites que la gente lo descargue. ¡ Voila ! Sin pérdidas... tanto situas, tanto tienes. Aunque es fácilmente aplicable a un fanzine (que puede cobrar los gastos basicamente, en este caso no hay gastos o son mínimos...) no es de tan fácil aplicación a una publicación comercial. ¿ Como evitas el pirateo, la picardía de que uno descargue tu revista pagando y quince la lean ?

Afortunadamente esto no nos afecta. Somos una publicación sin

ánimo de lucro. Si publicáramos en papel deberíamos de cobrar los gastos de edición. De este modo sin embargo el fanzine es GRATIS. Los gastos que tiene los asumimos nosotros. El lector no paga nada. No hay demoras de entrega: el mismo día que lo publicamos puede ser leído en España y en Japon.

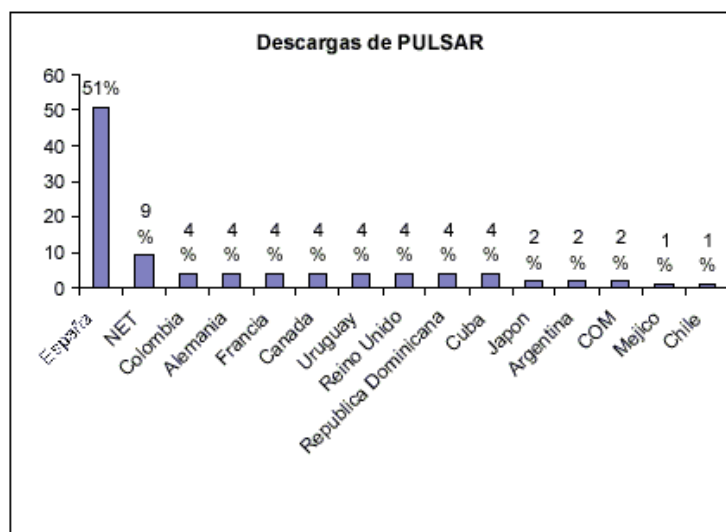
Mas abajo teneis una tabla con los porcentajes relativos de lectores de PULSAR por países. Esta pequeña estadística solo indica desde donde se ha descargado la revista. Y no todos los sitios aparecen desglosados, aquellos bajo .COM o .NET no podemos discernir de donde vienen.

¿ Y cuanto se lee PULSAR ?

El número 0, que pusimos en circulación el 1 de Marzo, fue leído por 154 personas. Una cantidad modesta, ya que no nos conocía nadie.

El número 1, puesto en circulación el 1 de Mayo, ha sido leído por **402 personas**. Un crecimiento ciertamente espectacular. Por si fuera poco, durante los dos últimos meses se ha producido una descarga continuada del número anterior. Han sido 206 lectores adicionales del número 0, lo que nos deja con **360 lectores del número 0** y **402 lectores del número 1**.

¿Qué nos deparará el futuro?



PULSAR

Fanzine de Ciencia Ficción y Fantasía

Este Fanzine se terminó de componer en La Llagosta el día 28 de Junio del 2001